LA PERLA EN EL LODAZAL



AMOR, SECRETOS Y TRAICIONES
EN UNA CIUDAD LLENA DE SOMBRAS

Capítulo 1

Alejandra Vallín perdió a su padre justo al cumplir los veintidós años. Aquello supuso un vacío difícil de medir. No era solo la orfandad —pues a su madre apenas la recordaba—, sino el hecho de que su padre había sido su ancla, un hombre extraordinario cuya compañía era, en esencia, todo su mundo.

Ya conocía de sobra a su tía Elisa. En vida de su padre, Alejandra había tenido que soportar sus infinitos monólogos sobre la falta de valores de la juventud actual, el exceso de libertad y las «malas costumbres» de las nuevas generaciones. Elisa le resultaba una mujer asfixiante, casi repulsiva. Sin embargo, poco antes de morir, su padre le había pedido un último favor: que se fuera a vivir con ella a Madrid mientras lograba encauzar su vida.

Alejandra era una chica vital, optimista y con esa independencia natural de quien ha crecido sin demasiadas ataduras. Si bien no era una rebelde sin causa, sí encajaba perfectamente en lo que hoy se considera una mujer empoderada y de su tiempo. No era dada a los dramas ni al llanto fácil; esperaba lo mejor de la vida y, sinceramente, no tenía el más mínimo deseo de que la amargura crónica de su tía política terminara contagiándola.

Poco antes del final, su padre se lo había dicho con una serenidad asombrosa. Él era así: aceptaba el destino sin aspavientos, logrando que ella viera la muerte como un proceso natural, casi lógico.

—Hija, esto se acaba —le dijo con voz firme—. Pero no quiero desesperación. Eres joven y tienes ahorros; no es una fortuna, pero sí lo suficiente para empezar de cero y triunfar. No terminaste la carrera, pero tienes mundo, hablas dos idiomas y eres una mujer inteligente y atractiva. Esas son tus herramientas para ser útil en lo que te propongas.

En ese momento, Alejandra sintió que el nudo en la garganta la asfixiaba. Fue la primera vez que el desamparo estuvo a punto de vencerla, pero respiró hondo y se limitó a apretar con fuerza la mano de su padre.

—No te pongas de luto —añadió él—. Prométemelo. Nada de ropa negra ni de ritos fúnebres eternos.

Alejandra pensó de inmediato en su tía Elisa. Santo cielo, si aparecía sin vestir de negro, si no se deshacía en lágrimas y si, además, se ponía a buscar trabajo a los pocos días del entierro, su tía —una mujer puritana, tradicionalista y de mente estrecha— la tacharía de monstruo para arriba.

Aun así, visualizando ya el conflicto con aquel «esperpento» de mujer, le hizo la promesa a su padre.

—Eres demasiado joven y tienes demasiada luz para ir de negro —insistió él—. Te eduqué para enfrentarte a la vida sin miedo, para valerte por ti misma y para que, el día que decidas compartir tu vida con alguien, lo hagas de frente y con sinceridad. Defiende tu felicidad, Alejandra. Contra todo y contra todos. Sé valiente.

Alejandra Vallín —un nombre que, según su padre, era de reinas y princesas, aunque su apellido fuera de lo más común— se quedó con aquellas palabras grabadas a fuego. Su padre había sido un administrativo, y su madre una maestra que dejó las aulas para cuidar de su hogar antes de que una enfermedad se la llevara cuando Alejandra tenía solo siete años. Él nunca volvió a casarse, algo que ella, con el tiempo, aprendió a valorar como un sacrificio inmenso. Al crecer, comprendió que su padre no era de hierro y que seguramente habría tenido sus aventuras, pero siempre priorizó no imponerle una madrastra a su hija.

El día del fallecimiento, Alejandra tuvo que cumplir con el trámite más amargo: avisar a su tía Elisa. Fue casi peor que aceptar la muerte misma. Le envió un mensaje urgente a Madrid. Por aquel entonces, Alejandra vivía en Valencia, y su tía se presentó en el piso de la capital del Turia al día siguiente, puntual a las nueve de la mañana.

Para cuando llegó, el funeral ya había pasado. Alejandra estaba en casa con un par de vecinas que se habían instalado allí por pura inercia social, no porque ella tuviera miedo a la soledad. Su padre la había entrenado para ser fuerte; no temía a los vivos y mucho menos a los muertos. De hecho, habría preferido mil veces estar sola en el salón que escuchando las banalidades de aquellas mujeres que, por «consolarla», tenían abandonadas sus propias casas.

La tía Elisa entró en el piso montando un espectáculo. Sus llantos se oían desde el descansillo, dramatizando una pena por un cuñado al que, en realidad, nunca había tragado, principalmente porque su padre siempre fue un hombre demasiado libre para el gusto de ella.

Elisa Canga ni siquiera era familia de sangre; era la viuda de un hermano de su madre. Alejandra recordaba haberla visitado en Madrid un par de veces: cuando murió el marido de Elisa —un comandante de la Guardia Civil que, pese a sus galones, no mandaba nada en su propia casa— y cuando falleció la abuela, que prefería vivir sola antes que aguantar a su nuera. En una tercera ocasión, durante un viaje de trabajo de su padre, Alejandra notó algo que entonces le pareció malicia de adolescente, pero que resultó ser cierto: a Elisa no le habría importado nada sustituir a su hermana y casarse con el viudo.

Su padre, que de tonto no tenía un pelo, salió huyendo de aquellas intenciones. Desde entonces, la tía los visitaba en Valencia de vez en cuando, sobre todo en vacaciones, asegurando con una falsedad absoluta que «la soledad le pesaba demasiado». Pero su padre nunca se dejó cazar. Ahora que él ya no estaba, Alejandra sentía cierta culpa por remover esos pensamientos, pero la realidad era la que era.

Alejandra llevaba una falda mini de lana azul marino, de corte impecable, y un jersey de punto fino con cuello en pico de un blanco roto. Llevaba su melena rubia recogida en una coleta baja, tirante y pulcra. En el dedo corazón de la mano derecha brillaba el mismo anillo de siempre, aquel que su padre le había regalado al cumplir los diecisiete, y en las orejas, unos sencillos pendientes de perlas. A simple vista, era la misma de siempre: segura de sí misma, con esa mirada parda casi grisácea de la que siempre se había sentido orgullosa. Sus ojos brillaban con una intensidad fría, como si nada hubiera pasado.

Se lo había prometido a él.

—Serenidad, Alejandra —le había pedido su padre en aquellos últimos días—. Nada de espectáculos. La muerte es parte del proceso, algo que llega sin avisar y para lo que hay que estar listos.

Prométeme que no te disfrazarás de negro ni te desharás en lágrimas delante de nadie.
Alejandra no era de las que rompían una promesa.
Por eso, la reacción de su tía fue casi cómica. El llanto teatral de Elisa se oyó en el rellano mucho antes de que su figura desgarbada apareciera por la puerta. Al entrar y ver a Alejandra allí plantada, tan dueña de sus nervios, se quedó de piedra.
—¡Pero bueno! —soltó de golpe, cortando el llanto en seco—. ¿Todavía no te has cambiado? ¿No vas de luto?
—Pasa, tía. Pensaba que no llegabas —respondió ella con calma.
—¡Qué sangre fría! ¡Me parece ofensivo! ¿Es que no acabas de perder a tu padre? ¡Dios mío, qué juventud esta! Es una vergüenza, de verdad.
—Siéntate, tía, y deja de gritar.
—¿Me has tomado el pelo? ¿Es que no se ha muerto? —preguntó Elisa, confundida por la falta de drama.
—Por desgracia, se ha muerto y ya lo hemos enterrado. ¿Quieres pasar o te vas a quedar en el pasillo?
La tía Elisa soltó un gemido digno de una telenovela y se dejó caer en un sillón. Alejandra, con un gesto educado pero firme, pidió a las vecinas que las dejaran a solas. Necesitaba terminar con aquel circo. En cuanto la puerta se cerró, su tía dejó de llorar por arte de magia —un milagro de la interpretación, pensó Alejandra— y la barrió con la mirada de arriba abajo.
—Haz el favor de respetar la memoria de tu padre. Ponte algo negro ahora mismo.
Alejandra no se movió. En lugar de responder, sacó un cigarrillo y lo encendió con parsimonia. Sí, fumaba. Había empezado por tontería con el grupo de la facultad, y con el tiempo, su padre había acabado aceptándolo. De vez en cuando él mismo le compraba el tabaco, siempre con la misma advertencia cariñosa: «No fumes demasiado, cariño». Recordarlo le escoció en el pecho, pero no iba a darle el gusto a aquella mujer de verla flaquear. Elisa, con sus manías de otra época, pretendía darle lecciones de duelo cuando ella tenía el corazón destrozado. Pero no iba a montar un espectáculo para el público. El dolor no se cura con ropa negra.

Miró a Elisa fijamente y sentenció:
—No te metas en mis cosas, tía.
—¿Perdona?
—Que no voy a vestirme de luto. Así de claro.
—¿Pero tú te has vuelto loca? ¡Insensata! ¡Mala hija!
—Basta ya —la cortó Alejandra, sin elevar la voz pero con una autoridad que hizo callar a la mujer—. Era mi padre. Lo era todo para mí. Pero no voy a ir de negro porque él me pidió expresamente que no lo hiciera. Y como no pienso perder el tiempo discutiendo, será mejor que hablemos de lo que viene ahora.
—¿Hablar del futuro? ¿Con tu padre recién enterrado? ¡Qué falta de tacto!
Alejandra sintió un impulso casi físico de echarla de casa por el balcón, pero se contuvo. Sabía que su futuro inmediato dependía de esa mujer y de ese traslado a Madrid que, a pesar de todo, le resultaba un plan magnético.
—No dramatices más, por favor —pidió haciendo un esfuerzo por no perder los papeles—. Papá ya no está y yo voy a cumplir su voluntad punto por punto. ¿Estás cansada del viaje? ¿Quieres tumbarte un rato?
—¿Descansar? —repitió Elisa con un tono de mártir—. ¿Quién puede pensar en descansar? He venido a velar a un muerto.
—Pero es que «el muerto» —exclamó Alejandra, perdiendo ya la paciencia— descansa en paz en el cementerio junto a mamá. Nosotras estamos aquí, estamos vivas y yo, sinceramente, tengo hambre y sueño.
—¿Hambre? Qué horror... Tienes hambre el día que entierras a tu padre. Eres un monstruo.
Alejandra se levantó y se plantó frente a ella. Su expresión debía de ser lo suficientemente amenazadora porque su tía se hundió un poco más en el sillón y guardó silencio.
—Mira, tía, si tú no quieres comer ni dormir, es tu problema. Yo me voy a hacer la cena y luego me voy a la cama. Buenas noches.
Necesitaba encerrarse. Necesitaba la soledad de su cuarto para llorar a solas, sin testigos, sin la toxicidad de aquella mujer que solo sabía medir el amor por las apariencias. Decían que Alejandra tenía una

serenidad asombrosa, y esa noche, iba a tener que usarla toda para no romperse antes de tiempo.

No pegó ojo en toda la noche. Permaneció horas tendida en la cama, escuchando el silencio de la casa roto solo por el eco lejano de algún coche y el paso del tiempo marcado por las notificaciones que iluminaban, de vez en cuando, la pantalla de su móvil.
A la mañana siguiente, Alejandra se encontró a su tía esperándola en el salón, con una expresión que vaticinaba el asalto final: era el momento de hablar del futuro.
Ese futuro a su lado era lo que más temía. Al menos contaba con el permiso implícito de su padre para que, si la convivencia se volvía insoportable, tomara su propio camino. Él siempre había confiado en ella. «Tienes unos principios que te mantendrán en el buen camino por sí solos», solía decirle. Y era verdad. Aquella educación tan sólida funcionaba como una brújula interna; la sola idea de traicionarla le resultaba tan impensable como el propio error.
Además, Alejandra se sentía preparada. Tenía ahorros. No era millonaria, pero con lo que había en la cuenta podía vivir cómodamente un tiempo sin trabajar, o muchísimos años si encontraba un empleo. Y tenía toda la intención de hacerlo. Hablaba inglés y francés con fluidez; en una ciudad como Madrid, no le costaría encontrar un puesto como intérprete en algún hotel de lujo o en una multinacional. De esto, por supuesto, aún no le había soltado prenda a su tía.
Se midieron con la mirada. Elisa recorrió con desprecio el abrigo gris de Alejandra y sus medias claras, pero ella decidió ignorar la provocación. Se quitó el abrigo, se sentó a la mesa y, con toda la parsimonia del mundo, encendió un cigarrillo.
—Hasta fumas en ayunas —soltó Elisa con asco.
—Te equivocas. He desayunado en una cafetería.
—¡Jesús! Lo que hay que oír. ¿Sola en un bar? ¿Al día siguiente de enterrar a tu padre?
—Tía Elisa —la cortó en seco—, deja de usar el nombre de mi padre como arma arrojadiza. Y ahórrate las críticas sobre mis costumbres,

porque vas a perder la voz y no vas a conseguir nada. Hablemos de lo importante. Papá me pidió que me fuera contigo a Madrid.
—Lo sé. Me escribió un correo poco antes de morir.
—Bien, entonces sobran las explicaciones.
—Por mi parte, sí. Tu padre —que en paz descanse— quería que una mano firme te guiara.
Alejandra arqueó una ceja, sintiendo cómo le subía la presión.
—¿Te dijo eso mi padre? ¿Con esas palabras?
—Bueno... algo parecido.
—Me temo que has interpretado lo que te ha dado la gana.
—Mira, niña, que no soy ninguna ignorante.
Alejandra la observó con una mezcla de lástima y rechazo. Elisa parecía un anacronismo viviente: toda vestida de negro riguroso, con un chal sobre los hombros y las manos cruzadas como en un velatorio permanente. Parecía la imagen misma de la viuda inconsolable, una puesta en escena que Alejandra no compraba.
—Papá siempre tuvo una confianza absoluta en mí —dijo Alejandra, tratando de mantener el tono bajo.
—Ese es el gran error de los padres. El tuyo, que en paz descanse...
Alejandra se levantó de la silla con una brusquedad que la sorprendió incluso a ella misma. Aquella mujer lograba sacarla de sus casillas en tiempo récord.
—No vuelvas a decir «que en paz descanse». Cada vez que lo sueltas con esa falsedad, me da la sensación de que papá se revuelve en la tumba.
Elisa se santiguó, escandalizada.
—¡Qué lenguaje! —gritó, rozando la histeria—. ¡Qué forma de hablar de un muerto!
—¡Basta ya! —estalló Alejandra—. Olvida la carta y olvida todo lo demás. Me voy contigo a Madrid. Ya he cerrado el trato con una vecina que se casa el mes que viene: me ha comprado los muebles y se queda con el alquiler del piso. Podemos irnos mañana mismo.
—¿Y los recuerdos de tu pobre padre? ¡No tienes corazón! —Elisa estaba fuera de sí—. Vendes sus cosas por cuatro duros, te niegas a ponerte de luto y me prohibes rezar por él. ¿Qué clase de hija eres? Cuando murió el mío, guardé luto seis años. ¡Seis años enteros!

—Y eso no evitó —le espetó Alejandra con una sonrisa gélida— que te casaras a las dos semanas y estuvieras dándolo todo en la pista con el padrino.
La tía Elisa se quedó muda, con las venas del cuello hinchadas por la indignación. Por un momento pareció que iba a estallar en insultos, pero finalmente optó por lanzarle una mirada de absoluto desprecio y se encerró en su habitación dando un portazo.
Alejandra suspiró. Su tía era un personaje casi esperpéntico. Era alta, extremadamente delgada —se le podían contar las costillas a través de la ropa— y tenía una nariz pequeña y respingona que no encajaba en absoluto con su cara angulosa. Al hablar, sus dientes postizos parecían tener vida propia sobre sus encías retraídas. Vestía siempre con cortes rectos que acentuaban su falta de curvas y desprendía un olor perpetuo a incienso de iglesia. Sus manos, largas y pálidas, le recordaban a Alejandra a los cirios de un paso de Semana Santa.
En cuanto a su edad... era un misterio digno de estudio. Ella juraba que tenía cuarenta y tres, pero Alejandra sabía de buena tinta que ya pasaba de los cincuenta y ocho. En cualquier caso, no pensaba discutirlo. Lo único que tenía claro en ese momento es que no aguantaría viviendo a su lado ni dos semanas.

Hicieron el viaje en el AVE. Ella iba rígida, sentada frente a la joven en el asiento del tren, con la espalda despegada del respaldo, la cabeza alta y las manos entrelazadas sobre el regazo, enredadas en un rosario de madera. Para sus adentros, la muchacha no pudo evitar una sonrisa cínica. Estaba convencida de que los rezos de su tía no pasaban del techo del vagón; se quedaban ahí, estancados en algún punto muerto entre su fanatismo y la realidad.
—Hay que ir siempre por el camino recto —le decía Elisa, mientras sus dedos hacían avanzar las cuentas del rosario con una rapidez mecánica—. Por los malos pasos no se llega a otro sitio que no sea el infierno. ¿Sabes lo que le pasó a la última chica que trabajó en mi casa?
—No —respondió ella, fingiendo una cortesía que no sentía.

La verdad era que le importaba más bien poco. Sobre sus rodillas descansaba una edición de bolsillo de Daphne du Maurier y se moría de ganas de sumergirse en *La posada de Jamaica*. Pero, por pura supervivencia y no por hipocresía, decidió que le convenía parecer interesada en las historias de su tía.

—Pues te lo voy a decir. Aprovechaba que yo me dormía para salir de picos pardos. Tenía un novio que trabajaba de día y, claro, se veían en el portal cuando él terminaba el turno. Yo me acuesto temprano, supongo que tú… harás lo mismo.

Ella se limitó a parpadear.

—Como te decía, un día vino lloriqueando, diciendo que si era muy desgraciada, que si tal y que si cual. La frené en seco. No hay nada peor que darle confianza a la gente que sirve. «Vaya usted al grano», le dije, «y acabemos con esto». Se echó a llorar —añadió con un gesto de asco—. ¡Llorar! Como si esa gente tuviera derecho a los dramas.

La joven no pudo contenerse.

—¿Y por qué no? ¿Es que no son seres humanos?

—No digas tonterías, mujer. Una empleada tiene bastante con cumplir con su trabajo sin andar pensando en sus sentimientos.

Esa era la ética de Elisa, que seguía desgranando avemarías como quien cuenta monedas. La náusea fue profunda, pero la muchacha se obligó a mantener el tipo. Su tía continuó:

—Pues eso, que empezó a llorar por los rincones. Yo estaba indignada, pero ella seguía a lo suyo. Al final, entre hipos, me soltó la bomba: «Ay, señorita Elisa, estoy perdida. No sé cómo pasó, pero… estoy embarazada». ¡Imagínate mi reacción! ¡Embarazada en mi propia casa!

La joven la miró, esperando el final de la historia, pero Elisa se limitó a acelerar el ritmo de sus oraciones. Habría jurado que en ese momento estaba recitando el Credo.

—¿Qué crees que hice? —preguntó al cabo de un rato.

Ella se lo imaginaba perfectamente, pero para ponerla a prueba, aventuró:

—Supongo que, después de consolarla, buscarías al novio, le explicarías la situación y se habrían casado. Es lo lógico, ¿no?

—¡Por favor! ¿Pero por quién me tomas? ¿Crees que yo puedo convivir con un pecado semejante? No, hija. Me la habían mandado de un pueblo de la sierra, creo que no había pisado Madrid en su vida. Le dije que hiciera la maleta y se largara de mi casa en ese mismo instante.
—¿Pero no has dicho que era de noche?
—Sí. ¿Y qué? ¿Qué más da que sea de noche o de día ante una falta de moral así?
—¿Y el novio? Supongo que él diría algo.
—¡Qué va! El novio resultó ser un niñato sinvergüenza que le había dado un nombre falso. En cuanto se enteró del lío en el que estaba la pobre infeliz, desapareció del mapa. Si te he visto, no me acuerdo. Ella se olvidó por completo de Du Maurier y de *La posada de Jamaica*. Lo que aquella mujer estaba contando le revolvía las tripas, pero necesitaba saber el final. Se inclinó hacia ella, incapaz de frenar su impulso.
—¿Y qué pasó después?
—Pues que la eché. Evidentemente. No iba a ser yo cómplice de algo así. Eso sí que sería ganarse el infierno.
—¿Y ella? ¿Qué hizo la chica?
—Se fue, claro. ¿Qué iba a hacer?
La joven se humedeció los labios con la lengua y entrecerró un ojo, un gesto que siempre hacía cuando algo la afectaba de verdad. En ese momento, el asco que sentía por su tía era casi físico.
—Era una chica de pueblo, tú misma lo has dicho —susurró, imaginando el terror de la joven—. Sola, de noche y en una ciudad como Madrid… no tendría adónde ir.
—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Acaso soy yo responsable de sus errores? Decía que le daba vergüenza volver a su casa, que su padre era un hombre de honor y que nunca la perdonaría.
—A lo que tú, imagino, le diste la razón…
—Pues claro. Le dije que su padre haría muy bien en no volver a verla. Le puse la maleta en la acera y se fue llorando.
Ella se incorporó en el asiento, abriendo el ojo y recuperando su libro con un gesto nervioso. Se hizo un silencio pesado en el vagón,

roto solo por el zumbido del tren a trescientos por hora. Al rato, sin poder aguantar más la presión en el pecho, preguntó:
—¿Supiste algo más de ella?
—Hombre, se enteró todo el barrio. Al día siguiente apareció muerta en un parque.
Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. El libro le tembló en las manos.
—Recé por ella —añadió Elisa con una calma aterradora—. Que Dios la haya perdonado.
—Tía —dijo con la boca seca—, ¿no te hiciste cargo de nada? ¿No fuiste ni a identificar el cuerpo?
—¿Yo? ¿Pero tú me has visto bien? Estuvieron semanas sacando la noticia en los informativos locales y pidiendo que alguien fuera a identificarla. Pues no fui. Faltaría más que me vieran mezclada en ese asunto.
Ella se quedó sin aire, como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Esa era la fe de su tía. Su conciencia estaba enterrada bajo una capa de hipocresía tan espesa como el luto que vestía. En ese mismo instante, mientras el AVE devoraba los kilómetros hacia Madrid, decidió que viviría con ella solo el tiempo estrictamente necesario para encontrar un lugar donde estar sola.

II

La llegada al piso de su tía en Madrid fue un golpe de realidad más doloroso que el propio duelo. El ambiente era gélido y olía a una mezcla de humedad y arena de gato usada. Los tres gatos de Elisa no tardaron en arremolinarse contra sus piernas, mientras un canario desafinaba desde una jaula llena de alpiste esparcido. El suelo de madera crujía bajo sus pies y las paredes parecían absorber la poca luz que entraba por las ventanas.

Su tía, notando la mueca de asco de Alejandra, se apresuró a marcar territorio:

—No tengo a nadie que limpie, ¿sabes? Desde lo que pasó con Eulalia, decidí no volver a meter a una extraña en casa. Espero que entre las dos... pongamos esto en orden.

Alejandra la miró con incredulidad. ¿Pretendía que fuera su asistenta? Ni hablar. En Valencia, su padre siempre le había dicho que su prioridad era cultivar su mente y su carrera; las tareas domésticas eran algo que ya aprendería si algún día la vida se ponía cuesta arriba. Y, de momento, Alejandra tenía ahorros suficientes para no tener que fregar los suelos de nadie, y mucho menos los de su tía.

—Lo siento, tía —soltó Alejandra con una frialdad cortante—, pero yo de tareas del hogar no tengo ni idea.

—¿Y así pretendes casarte?

—¿Quién te ha dicho que quiera casarme?

—Todas las chicas de hoy vais a lo mismo.

—Supongo que como las de vuestra época, ¿no? Tú no eres precisamente de la generación Z y pasaste por el altar.

—Yo sabía llevar una casa —sentenció Elisa—. Y ten una cosa clara: mientras vivas bajo mi techo, harás lo que yo mande.

Alejandra estuvo a punto de decirle que pensaba bajarse una app de alquiler de pisos y largarse al día siguiente, pero estaba demasiado agotada. Prefirió morderse la lengua para poder dormir al menos una noche.

Había cenado algo rápido en el vagón restaurante del AVE, así que se dirigió directamente al dormitorio que le habían asignado. Los tres gatos intentaron entrar con ella, restregándose contra sus tobillos. Alejandra, que no soportaba aquella invasión, les propinó un par de toques con el pie para apartarlos. Los gatos maullaron de forma lastimera.

Elisa, que ya se iba a su cuarto, se dio la vuelta como un resorte.

—¡Mis gatos! ¿Pero qué les haces?

—Son repulsivos, tía.

—¡Niña! ¿Pero qué te has creído? Si no te gustan, te aguantas. Son mi familia, y como vuelvas a tocarlos, te las verás conmigo.

Los gatos, como si entendieran el drama, se refugiaron bajo la falda negra de su dueña. Alejandra cerró la puerta de su cuarto sin decir palabra.

A las siete menos cuarto de la mañana, unos golpes violentos en la puerta la despertaron. La figura enjuta de su tía, ya ataviada con su abrigo negro y un pañuelo a juego, apareció en el umbral.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandra, frotándose los ojos—. ¿Se quema la casa? ¿Ha pasado algo?

—Déjate de tonterías. Nos vamos a misa.

Alejandra se incorporó, atónita. Si Elisa pensaba arrastrarla a la iglesia cada mañana, estaba muy equivocada.

—¡Esos pelos! —gritó la mujer—. ¿Qué pintas son esas?

—Estoy recién despertada, tía —respondió Alejandra con sarcasmo, echándose el pelo hacia atrás.

—Pareces una cualquiera con esas greñas.

—Escúchame bien: no soy tu criada. Mide tus palabras porque soy mayor de edad, tengo mi propio dinero y no pienso aguantarte ni media insolencia más.

Elisa debió de ver algo muy firme en los ojos claros de su sobrina porque, de pronto, suavizó el tono, aunque con esa falsedad que la caracterizaba:

—Levántate. Vamos juntas por una vez. He encargado la misa por tu padre.

Eso era otra cosa. Alejandra saltó de la cama, pero al verla en su pijama de raso negro, Elisa volvió a escandalizarse.

—¿Pero qué es esto? Te pones de luto para dormir y por la calle vas hecha una moderna. Esta juventud está podrida...
Alejandra la ignoró. Se vistió rápido y, ya de camino a la parroquia, le soltó:
—¿Y no has encargado ninguna misa por tu empleada? ¿Por Eulalia?
—¿Yo? ¿Pero por quién me tomas? ¿Pagar una misa por una pecadora así?
—No fue una pecadora, tía —dijo Alejandra con voz pausada pero firme—. Fue una mártir. Primero fue la víctima de un tipo que la engañó y luego fue víctima de tu soberbia.
Elisa se detuvo en seco en mitad de la acera. En ese momento, con su rigidez militar, recordaba más que nunca a su difunto marido, el guardia civil.
—¿Soberbia? ¿Cómo te atreves? Una cristiana como yo solo cumplió con su deber moral.
—¿Se lo has dicho al cura en el confesionario?
—¿Yo? ¿Pero qué dices? ¿Confesar el qué?
—Nada. Si tu conciencia te deja dormir tranquila... —Alejandra se encogió de hombros y siguió caminando—. Vamos, que llegamos tarde.
Después de la misa, mientras regresaban al piso, la tía Elisa cambió de tema con una intención puramente práctica:
—Tengo un terreno a las afueras, una parcela que unos promotores quieren comprarme. No me ofrecen lo que pido y hoy vienen a casa. Son unos pesados, así que te encargarás tú de hablar con ellos.
Alejandra arqueó las cejas.
—¿Solo eso?
—Tendrás que usar ese ingenio del que tanto presumes —la miró de arriba abajo con escepticismo—. Son gente preparada, de negocios. Pero yo no soy tonta y no voy a malvender.
—¿Lo has consultado con un abogado?
Elisa la miró como si fuera una ignorante.
—¿Crees que voy a pagar a un chupatintas por un consejo que puedo darme yo misma? Si no pagan lo que pido, se quedan sin solar. Quieren construir una promoción de viviendas protegidas que luego seguro que venden a precio de oro.

Alejandra no sabía que su tía tuviera propiedades. Un solar edificable en Madrid, con la crisis de vivienda actual, era una auténtica mina de oro. Elisa, notando que su sobrina empezaba a hacer números, añadió rápido:
—No te creas que soy rica. Vivo casi de milagro. Ese solar es lo único que tengo y la mitad se lo debo al banco.
Mentía descaradamente. Alejandra sabía por su padre que Elisa cobraba una buena pensión de viudedad y que había heredado una fortuna familiar que, a diferencia de lo que había pasado en su propia casa —donde habían preferido vivir bien y viajar—, Elisa había guardado bajo siete llaves. Seguramente aquel patrimonio no había hecho más que crecer.
Aun así, a Alejandra no le interesaba el dinero de su tía. Ella confiaba en su propio potencial: era bilingüe, tenía estudios y una determinación que Elisa aún no había terminado de calibrar.
—Está bien —accedió Alejandra—. Veremos qué quieren esos constructores.

Estaba terminando de organizar su ropa cuando la tía Elisa irrumpió en el cuarto, casi sin aliento.
—Ya están aquí. He oído el coche parar justo en la puerta. Recíbelos tú.
Se acercó a la ventana y apartó un poco la cortina para cotillear hacia la calle. Vivían en un segundo piso de una finca bastante vieja; el suelo crujía de mala manera y las paredes pedían una reforma a gritos.
—Viene uno solo —susurró Elisa, nerviosa—. Es el peor de los dos, el más insistente. No le hagas ni caso. Dile que no estoy, que me he ido de viaje y no sabes cuándo vuelvo. Dile que eres mi asistente personal o algo así.
—Tía —se indignó ella—, no tiene nada de raro que diga que soy tu sobrina.
Elisa se puso aún más nerviosa. Era evidente que el tema le importaba mucho más de lo que quería admitir. Estaba claro que quería vender, pero no pensaba dar su brazo a torcer con el precio.

—Bueno, bueno —la cortó con impaciencia—, di lo que quieras, pero no te olvides de que estoy «fuera de Madrid».
—Acabas de venir de misa —se burló—. ¿No te parece un poco pronto para empezar a mentir?
Elisa se puso roja de golpe y luego palideció. Le reventaba que le recordaran sus propias contradicciones morales. En ese momento, sonó el timbre.
—¡Ya está ahí! Ve, ve —se agitó, empujándola prácticamente hacia el pasillo—. Date prisa.
Ella se dio un último vistazo en el espejo. No era presumida, pero no sabía si el constructor sería joven o viejo, y siempre le había gustado ir impecable. El reflejo le dio el visto bueno: llevaba un vestido de punto gris y blanco, de corte minimalista y muy favorecedor. La falda era entallada y el diseño, aunque sobrio, le sentaba como un guante. Calzaba unos zapatos de tacón alto que estilizaron unas piernas que —modestia aparte— siempre habían sido su fuerte. Su padre solía decirle que tenía una elegancia casi peligrosa, de esas que hacen que la gente se gire por la calle. Él siempre había sabido apreciar la estética femenina.
Salió al recibidor intentando parecer digna, aunque se sentía un poco absurda en medio de aquel piso decadente. Abrió la puerta y casi se le paró el corazón.
El contratista era un hombre impresionante. Alto, fibroso, con unos ojos oscuros y profundos y el pelo negro salpicado por unas sienes plateadas que le daban un aire de lo más interesante. Tendría unos treinta y siete años. Vestía un traje gris marengo de corte perfecto, una camisa blanca impoluta y una corbata negra estrecha; elegante, pero sin parecer que se hubiera esforzado demasiado.
—Buenos días —saludó, algo sorprendido—. ¿Me habré equivocado de puerta? Busco a doña Elisa Canga.
—Es aquí. Pase.
Entró sin dejar de mirarla, con una mezcla de curiosidad y agrado.
—¿Ha pasado una varita mágica por esta casa? —preguntó con una media sonrisa.
—Si lo dice por el contraste entre mi juventud y lo… clásica que es mi tía —respondió ella con ironía—, no hay magia. Ella es mi tía y yo

su sobrina.
—Vaya. Un placer. Soy Eduardo Maresta, arquitecto y promotor.
—Lo sé.
Él la miró con curiosidad. Ella le señaló el saloncito y él le cedió el paso con una galantería que, debía admitirlo aunque no se lo diría a nadie, la turbó un poco. A sus veintitrés años, entre la facultad y sus amigos de siempre, sabía más bien poco de hombres de verdad. Nunca había tenido una relación seria, no por falta de oportunidades, sino porque era una romántica empedernida y siempre había esperado el «gran amor». Era apasionada, y un sucedáneo de cariño no le bastaba. Le habría muerto de vergüenza admitirlo en voz alta.
Eduardo se quedó de pie en mitad de la salita, rodeado de muebles viejos y trastos de otra época. En ese momento, frente a un hombre con tanta clase, ella sintió una punzada de vergüenza por ser la sobrina de Elisa Canga. No por ella en sí, sino por el entorno tan cutre y asfixiante en el que le tocaba recibirlo.
—Así que es usted la sobrina de doña Elisa —dijo Maresta con un tono algo impertinente—. ¿Y dónde la tenía escondida?
Ella siempre había sido un poco descarada con la gente que se pasaba de lista, así que no le sorprendió contestar con cierta acidez:
—¿Y a usted qué le importa?
Él se echó a reír. Tenía una dentadura blanca y perfecta, y al hacerlo se le formó un hoyuelo en la barbilla que a ella le pareció peligrosamente atractivo. No pudo evitar sonreír también.
—Está bien —dijo, extendiendo la mano—. Ya nos conocemos. ¿Cómo está?
Tuvo que estrechársela. Él le apretó la mano con una firmeza y una duración a la que no estaba acostumbrada. Se puso nerviosa y la retiró demasiado rápido, lo que provocó en él una sonrisa cargada de condescendencia. Aquella superioridad le molestó. Se puso del lado de su tía al instante y se juró que aquel tipo tan guapo y tan pagado de sí mismo no se llevaría el solar tan fácilmente.
Con un tono muy profesional, le pidió que explicara el motivo de su visita. Eduardo recuperó la seriedad, carraspeó y, tras una pausa que a ella se le hizo eterna, dijo:

—Supongo que su tía ya le habrá contado por qué estoy aquí.
Para fastidiarlo, respondió tan seria como él:
—Pues no. Ella no está. ¿Qué desea exactamente?
Notó la agresividad, pero se hizo el loco.
—Se trata de un terreno extraordinario. Queremos levantar un complejo de viviendas sostenibles. La empresa me envía para saber si su tía está dispuesta a vender. Ya tiene nuestra oferta sobre la mesa: un millón de euros me parece una cifra más que generosa para un suelo que hace tres años no valía ni la cuarta parte. Le advierto —añadió en tono de negocios— que, si no construimos nosotros, no lo hará nadie. Nuestra firma tiene el proyecto diseñado específicamente para ese bloque. Si su tía no vende, mañana mismo compraremos en otra zona.
—Compren —dijo ella, solo por chincharlo—. Mi tía no acepta su oferta. Usted ya conoce su postura.
—Nunca le daremos los tres millones que pide.
A ella se le escapó un suspiro de asombro.
—¿Tres millones?
—Eso es —respondió él con una rabia que no le gustó nada—. ¿Qué pasa, que los quiere para su dote?
La furia le subió de golpe. Impulsiva como era, se plantó delante de él.
—¿Cómo se atreve a faltarme al respeto de esa manera? Y si fuera así, ¿a usted qué le importa?
—Calma, calma, torbellino —respondió él, sin perder terreno.
Lo dijo de una forma que, para su desgracia, le resultó simpática. Se calmó, pero no quiso darle la razón.
—Asunto cerrado, ¿no? Ella no baja el precio, usted no sube la oferta… Busque en otra parte.
No sabía nada de negocios, pero no hacía falta ser experta para darse cuenta de que Maresta se moría por aquel terreno, por mucho que fingiera indiferencia.
—Está bien —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Como este no es un tema para tratar con una chica inexperta, volveré otro día. ¿Dónde ha dicho que está su tía?
—No lo he dicho.

Se hizo un silencio tenso. Se miraron fijamente. Ella notó cómo se le encendían las mejillas y tuvo que apartar la mirada de aquellos ojos demasiado directos.
—Debo reconocer —dijo él de pronto, antes de salir— que es la primera vez en muchos años que me encuentro con una mujer que me impresiona de verdad.
Ella se quedó helada.
—¿Qué dice? —balbuceó.
—Nada —respondió él desde el umbral—. Hasta pronto.

Y así fue como Alejandra conoció a Eduardo Maresta, el hombre que, para su desgracia, no lograba sacarse de la cabeza. En cuanto cerró la puerta, corrió hacia la ventana. Apartó el visillo —una tela vieja y grisácea que pedía a gritos una lavadora— y pegó la nariz al cristal, observando hacia la calle a través del marco cuya pintura se desconchaba por la humedad.
Eduardo Maresta cruzó la acera con un paso atlético y seguro. Se subió a un coche que dejó a Alejandra sin aliento: un deportivo de alta gama, reluciente y tecnológico, de esos que rugen con elegancia al arrancar. Ella y su padre siempre habían vivido bien, pero nunca habían tenido un coche semejante. Sin embargo, aunque el coche le impresionó, lo que de verdad la dejó pensativa fue el hombre que lo conducía.
Dejó caer la cortina y se giró para encontrarse con su tía, que estaba al borde de un ataque de nervios en el pasillo.
—¿Qué ha dicho? ¿Ha subido la oferta? —preguntó Elisa, sofocada.
—No sabía que el solar valiera tres millones de euros —soltó, observando la reacción de su tía.
—Eh... bueno... —la mujer empezó a agitarse como una urraca—. Hum... ¿No te parece que es hora de comer algo?
—¿Sabes qué hora es? —preguntó Alejandra mirando su reloj—. Son casi las doce.
—¡Qué exagerada! —bufó Elisa—. Oye, sobre lo del solar... esos tres millones...

De pronto, la tía saltó como si le hubieran dado una descarga eléctrica.
—¡Los debo! ¿Te enteras? ¡Lo debo todo! Al casero, a la comunidad, hasta las donaciones de la parroquia. Todo el mundo está esperando a que venda ese terreno —mintió con una angustia teatral. Alejandra sabía que aquello era puro teatro; no le importaban sus deudas reales o imaginarias—. Y no pienses que vas a heredar nada, porque no tengo ni para el pienso de los gatos.
—Tranquilízate, tía —dijo Alejandra, sintiendo una mezcla de lástima y asco—. Por mí no sufras. Tengo mis ahorros y, sobre todo, tengo esto —añadió señalándose la frente—. Las mujeres de tu época, si no teníais una herencia, estabais perdidas. Pero el mundo ha cambiado. Ahora somos independientes. Yo no pienso cruzarme de brazos; mañana mismo empiezo a buscar trabajo.
Elisa se escandalizó como si hubiera oído una blasfemia.
—¿Trabajar? ¿Tú? ¿Mi sobrina? ¿De qué, de catequista? Porque no pensarás meterte en una oficina llena de hombres...
—¿Es que los curas no son hombres? —le espetó Alejandra, incapaz de morderse la lengua.
—¡Jesús, María y José! ¡Qué cosas dices!
La discusión habría acabado en guerra abierta si Alejandra no se hubiera retirado a tiempo. Tenía claro que, en cuanto pudiera, se marcharía a un hotel o a un piso compartido. No soportaba la mezquindad de aquella casa. Su padre le había dado libertad porque confiaba en su criterio, y su criterio le decía que saliera de allí cuanto antes.
La confirmación definitiva llegó a la hora de comer. El menú consistía en un caldo aguado con un trozo de pan duro, dos rodajas de tomate y media manzana para cada una. Alejandra, que tenía el apetito de una joven sana, sintió que aquello era un insulto, pero prefirió comer en silencio. Lo peor vino después. Cuando se disponía a levantarse, su tía la frenó.
—Ten presente una cosa, Alejandra. Yo no soy una capitalista. Me he gastado un dineral en el billete para ir a buscarte a Valencia. Al fin y al cabo, fuiste tú la que me mandaste el mensaje.

Alejandra sintió una punzada de humillación. ¿De verdad le estaba reclamando el dinero del viaje?
—Ya ves cómo vivo, hija... —continuó Elisa, señalando su falda raída —. Soy pobre, muy pobre. Lo comprendes, ¿verdad?
Vaya si lo comprendía. Alejandra se levantó, fue a su cuarto y regresó con un billete de cien euros en la mano. Vio cómo los ojos de su tía brillaban con una codicia casi animal. Era una avara de manual, por muchas misas que oyera al día.
—Toma —le dijo, dejando el billete sobre la mesa—. Quédate con la vuelta por las molestias de haber limpiado los platos. Yo me voy a dar una vuelta.
—¡Pero...!
—Hasta luego, tía Elisa.
Alejandra salió a la calle con el abrigo puesto y la cabeza hirviendo. Le habría gustado quererla —al fin y al cabo, había sido la mujer de un hombre al que su padre respetaba—, pero no podía con la bajeza moral. Ella era una idealista, una mujer de sentimientos a flor de piel, y aquel ambiente la estaba asfixiando.
Pasó la tarde recorriendo Madrid. No sabía muy bien hacia dónde iba, pero terminó encontrando un *coliving* para jóvenes profesionales cerca del centro. Se inscribió, pagó la reserva y decidió que se mudaría al día siguiente. Regresó al piso al anochecer, sintiéndose casi feliz por primera vez en días.
Su tía ya parecía haber olvidado el «regalo» de los cien euros. Tenía el rostro crispado y el ceño fruncido.
—¿Se puede saber dónde has estado? —le soltó en cuanto entró.
—Paseando.
—¿Sola? ¡A estas horas!
—Tía, tengo veintitrés años, por Dios.
—Estás bajo mi tutela.
—Ni hablar —replicó Alejandra con una seriedad gélida—. Soy mayor de edad, tengo dinero y soy dueña de mis actos. Y lo que más tengo son ganas de vivir mi vida.
—¡Qué desvergonzada!
—Mañana hablamos de eso.

—¿No vas a cenar? —gritó Elisa, furiosa ante su indiferencia—. ¡Tienes ahí tu sopa!
Antes de cerrar la puerta de su habitación, Alejandra se dio la vuelta con una sonrisa sarcástica:
—Dásela a los gatos. Buenas noches, tía Elisa.
Se encerró, se tumbó en aquella cama incómoda y se puso a pensar. Pero, para su sorpresa, sus pensamientos no estaban en la mudanza ni en su tía. Estaban en Eduardo Maresta.

III

Elisa no salió de su habitación en dos semanas a causa de un resfriado, pero cuando por fin reapareció lo hizo con la misma energía corrosiva de siempre, como si aquellos quince días en cama no hubieran sido más que un paréntesis incómodo en su rutina de amargura. En menos de veinticuatro horas ya había discutido media docena de veces con Alejandra por la disposición de los muebles y por un polvo imaginario que, según ella, se acumulaba en las estanterías. La casa volvió a convertirse en ese mausoleo de costumbres asfixiantes, aunque a Alejandra ya no le afectaba como antes.

—¿Qué se sabe de lo del solar? —le soltó Elisa nada más levantarse, con esa voz áspera que siempre conseguía irritarla.

Lo que su tía ignoraba era que, durante esas dos semanas, la vida de Alejandra había cambiado de plano. No sabía que salía cada tarde con Maresta y que caminaban peligrosamente cerca de algo que iba mucho más allá de una simple amistad. Del solar apenas hablaban; en el fondo, ambos lo habían utilizado como una excusa para verse y luego lo habían dejado olvidado, como un mapa viejo en la guantera.

—No tengo ni idea, tía —respondió Alejandra con una indiferencia que dejó a Elisa mascullando.

Aquella tarde, Madrid estaba envuelta en una lluvia persistente y melancólica. Alejandra se reunió con Eduardo al final de la calle. En cuanto cerró la puerta del coche, el mundo exterior —las tías avaras, los suelos carcomidos, la casa opresiva— desapareció. El interior olía

a su colonia: cuero, tabaco rubio y un fondo fresco que le aceleraba el pulso. La calefacción creaba una intimidad densa, casi eléctrica.
—¿Ya no os interesa el terreno? —preguntó de pronto, observándolo de reojo.
Eduardo soltó una carcajada grave, de esas que le recorrían la espalda como una caricia.
—Nos interesa, Alexi. Pero no voy a darle a ese esperpento lo que pide. Es una cuestión de principios.
—Pues es más terca que una mula. Os quedaréis sin él.
Él suspiró, divertido, mientras conducía con una calma segura. Sus manos —largas, morenas, firmes— se movían con una precisión que a ella le resultaba hipnótica. Había algo profundamente masculino en ese gesto, una combinación de fuerza y control que despertaba pensamientos que prefería no verbalizar.
Alejandra lo supo entonces: estaba enamorada. No conocía demasiado de su vida, más allá de su éxito profesional y de esa madurez que le resultaba tan atractiva. Hasta ese momento, la relación había sido contenida, casi inocente, pero aquella tarde la tensión era distinta. Pesaba en el aire.
—Tendremos unas Navidades pasadas por agua —comentó él, deteniendo el coche en un lateral de la carretera, donde los árboles apenas dejaban pasar la luz de las farolas.
—A mí me gusta la nieve —respondió ella—. Me hace sentir que el mundo se detiene.
—¿Y tú qué harás? ¿Te quedarás con ella?
—No lo creo. Si mañana el médico dice que ya está bien, haré la maleta y me iré a la residencia. No aguanto más esa casa.
Eduardo se giró hacia ella. Sus ojos oscuros, cargados de una intensidad que le robaba el aliento, recorrieron su rostro con una lentitud que se sentía casi como un contacto físico.
—Eres distinta a todo, Alexi… —murmuró.
Ella se encogió ligeramente en el asiento, notando el calor subirle a las mejillas.
—No me mires así —pidió en voz baja.
Él no apartó la vista. Soltó el volante y tomó su mano. El contraste entre su piel cálida y la de ella, más fría, le provocó un

estremecimiento inmediato. Le apretó los dedos con una urgencia que la desarmó.
—No sé qué me has hecho —dijo, con la voz más baja, más íntima —. Llegaste sin avisar y ahora siento una ansiedad que me descoloca.
Alejandra cerró los ojos, incapaz de sostener aquella mirada. La lluvia golpeaba el techo del coche, aislándolos del mundo. Eduardo giró su mano y besó su palma con una lentitud que la hizo arquear la espalda sin querer.
Sus labios ascendieron despacio por su muñeca. Le subió la manga con cuidado, dejando al descubierto la piel. El calor de su aliento, seguido por la presión de su boca, le arrancó un gemido involuntario. Era una sensación nueva, intensa, como una descarga que despertaba zonas de su cuerpo que jamás había explorado.
Se estremeció cuando sus labios alcanzaron la curva de su brazo. El roce áspero de su barba incipiente la hacía perder el control, sentirse pequeña, vulnerable ante ese deseo contenido.
—No… —consiguió decir, aunque sus manos se aferraban débilmente a su chaqueta—. Eduardo…
—Solo quiero sentirte —susurró él, muy cerca.
—Por favor…
Alejandra se apartó de golpe, respirando con dificultad. El corazón le golpeaba el pecho. Lo miró suplicante. Eduardo la observó unos segundos, con una expresión donde el deseo se mezclaba con algo más hondo.
—No voy a forzar nada —dijo al fin, recuperando la compostura—. Esto es demasiado real para estropearlo.
Ella guardó silencio, intentando calmarse. Eduardo arrancó el coche. El camino de vuelta transcurrió sin palabras, pero el aire seguía cargado de lo que había ocurrido. Al llegar al portal, Alejandra bajó casi huyendo, pero él la sujetó del codo.
—Alexi… ¿vengo mañana? —preguntó, y su mirada prometía continuidad.
Con un nudo en la garganta, respondió lo único que sentía verdadero:
—Ven.

A pesar de los reproches y los gritos de la tía Elisa, que resonaban por el pasillo como una cinta vieja en blanco y negro, Alejandra cerró la puerta de aquel piso rancio para siempre. Se instaló en la residencia sin mirar atrás; prefería la austeridad de una habitación compartida a la opulencia corrupta de unos millones que olían a encierro. Aquella misma tarde, cuando Eduardo la recogió a las seis, el aire dentro del coche era distinto. Denso. Había una urgencia contenida, una tensión que ya no se calmaba con miradas ni con palabras medidas.

—Estoy enamorado de ti —dijo él de pronto, mientras caminaban entre el ruido luminoso de la Gran Vía.

La confesión la atravesó como una descarga. Alejandra se quedó sin aliento; el bullicio de Madrid se volvió borroso, irrelevante. No la llevó al cine. Dijo que necesitaba sentirla cerca, sin pantallas ni excusas. Acabaron en una sala de fiestas en penumbra, donde la música era solo un fondo y el verdadero lenguaje se hablaba con el cuerpo.

En la pista, Eduardo la rodeó con los brazos y la atrajo contra él con una posesividad que le hizo temblar las rodillas. Sintió la firmeza de su cuerpo imponiéndose al suyo, el calor masculino quebrando sus últimas defensas. Él le levantó la barbilla, obligándola a mirarlo. Sus ojos oscuros ardían con algo más que deseo: había adoración, pero también una soledad antigua que la desarmó.

—Eres tan joven, Alexi… —murmuró, hundiendo el rostro en la curva de su cuello.

—Tengo veintitrés —respondió ella, aunque la voz apenas le salió.

La respuesta de Eduardo fue estrecharla aún más. Su mano descendió por su espalda, lenta, firme, marcando una línea de fuego que la hizo arquearse contra él sin pudor. En un gesto impulsivo —uno que habría horrorizado a su padre—, Alejandra se aferró a su cuello y hundió los dedos en su pelo salpicado de canas. Sintió el sobresalto de su pecho, la respiración alterada. Estaban al límite.

—Vámonos —le susurró al oído—. Ahora.

El trayecto hasta la residencia fue una sucesión confusa de luces, semáforos y respiraciones agitadas. Ya no era solo amor idealizado; era deseo físico, crudo, una necesidad que crecía con cada segundo.

Al llegar, el mundo se redujo al espacio estrecho y cómplice del ascensor.
En cuanto las puertas se cerraron, Eduardo la acorraló contra la pared de madera. Su boca encontró la de ella sin vacilaciones, con una ansiedad que no conocía pausas. La besó como si el tiempo se acabara allí mismo: en la garganta, en la línea de la mandíbula, mientras sus manos enmarcaban su rostro con una mezcla peligrosa de dominio y cuidado.
—Espera… —susurró ella cuando el ascensor se detuvo, aunque cada fibra de su cuerpo rogaba lo contrario.
—¿Te arrepientes? —preguntó él, con la voz rota, buscándole los ojos.
—No —respondió, sintiendo que el corazón se le salía del pecho—. Te quiero, Eduardo. Te quiero hasta que duele.
Él se estremeció. La retuvo un segundo más, lo justo para besarla en la base del cuello con una lentitud que la dejó sin aire, obligándola a cerrar los ojos y a morderse el labio para no pronunciar su nombre en voz alta.
—Adiós —balbuceó ella, escapando hacia el pasillo antes de que su voluntad terminara de deshacerse—. Hasta mañana.
Se quedó mirando cómo las puertas del ascensor se cerraban. Eduardo permanecía inmóvil al otro lado, observándola con una intensidad que le dejó claro que, desde esa noche, su vida ya no le pertenecía del todo.
No durmió bien. La noche fue una mezcla confusa de pensamientos, recuerdos y sensaciones: el aliento de Eduardo en su cuello, la presión de su cuerpo, palabras que no lograban apagarse.

A la mañana siguiente, mientras se preparaban para ir a la embajada, Marisa la observaba en silencio. Alejandra había coincidido con muchas chicas en la residencia, pero con ella el trato fue distinto desde el principio, quizá porque trabajaba en la embajada a la que Alejandra aspiraba entrar. Marisa se movía allí con soltura, conocía nombres, pasillos y silencios, y al poco tiempo se convirtió en un referente inevitable. Al día siguiente, sin darle

demasiadas vueltas, la llevaría ante un secretario para someterla a examen, como si aquel paso decisivo fuera solo una formalidad más entre confidencias compartidas.
—¿Qué te pasa, Alexi? —preguntó, retocándose el labial frente al espejo.
—Nada.
—No me mientas. Estás en las nubes. ¿Es por el de ayer? ¿El del coche deportivo?
Alejandra se sonrojó y asintió, bajando la mirada.
—Es interesante —comentó Marisa—. ¿A qué se dedica?
—Es arquitecto. Contratista de obras.
—¿Y es soltero?
Alejandra se removió en la silla, incómoda.
—Claro que sí.
—¿Se lo has preguntado?
El silencio la delató. No, no se lo había preguntado. En su mundo —en los libros que leía— el amor no exigía certificados ni sospechas. El amor simplemente era.
—No… pero se nota. Es libre.
Marisa sonrió con una amargura que le heló la sangre.
—En Madrid no hay que fiarse de las apariencias. Aquí los engaños se sirven con buena vajilla.
La imagen de la antigua empleada de su tía cruzó la mente de Alejandra: un nombre falso, un embarazo, un cuerpo encontrado en un parque. Se estremeció. No era una chica ingenua de pueblo, tenía estudios, mundo… y aun así una voz interior le susurró con crueldad: *de hombres no sabes absolutamente nada*.
—Te has quedado pálida —dijo Marisa, acercándose—. ¿Seguro que estás bien?
—Sí. De verdad.
Marisa suspiró.
—Hace años salí con un hombre durante meses. Me juraba amor eterno. Un día apareció su esposa en mi oficina. Diez años de matrimonio.
Alejandra sintió un nudo en el estómago.
—Lo siento…

Marisa le dio una palmada suave en el hombro.
—No creo que nadie pueda engañarte a ti. Eres demasiado transparente. Se te nota.
Alejandra la miró con una curiosidad casi infantil.
—¿Y tú?
Marisa no respondió. Sonrió de esa forma triste que solo tienen quienes ya han perdido algo irreparable.
—Vamos, que la comida está servida.

A las seis en punto, como siempre, el rugido del motor de Eduardo anunció su llegada frente a la residencia.
Alejandra bajó las escaleras con el pulso dividido en dos direcciones opuestas: el deseo casi físico de sentir de nuevo las manos de Eduardo sobre su cuerpo y el eco persistente de las palabras de Marisa, clavándose como agujas en la parte más vulnerable de su cabeza.
En cuanto se sentó en el coche, Eduardo se inclinó hacia ella sin perder tiempo. No hubo saludo ni distancia. Buscó directamente el hueco de su cuello, aspirando su piel como si le faltara el aire. El contacto la estremeció. La mano de él descendió hasta su muslo, firme, posesiva, marcando territorio. Alejandra reaccionó, pero esta vez algo no encajó del todo. Junto al placer, apareció una sombra: una duda fría recorriéndole la espalda.
—¿Qué tal en la embajada, Alexi? —murmuró él contra su piel, con una voz más grave de lo habitual.
—Bien… —respondió ella, intentando mantener el control—. El secretario dice que mi francés es excelente. Mañana vuelvo para la prueba de inglés.
Alejandra se separó lo justo para mirarlo. Eduardo seguía siendo imponente, real, con esa mezcla de madurez y seguridad que siempre conseguía desarmarla. Pero algo había cambiado. La sospecha ya había encontrado un hueco donde instalarse.
—Eduardo… —dijo, obligándose a sostenerle la mirada—. Hoy Marisa me ha contado una historia. Una de esas que dejan marca. Un hombre que llevaba una doble vida.

Notó cómo la mano de él se tensaba apenas, una fracción mínima, pero suficiente. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella, intensos, difíciles de leer.
—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó, con una calma demasiado calculada.
—No lo sé —admitió—. Solo… me he dado cuenta de que no sé casi nada de ti. De tu casa, de tus domingos, de por qué un hombre como tú está siempre solo conmigo.
Eduardo soltó el volante y se giró del todo hacia ella. El interior del coche se volvió denso, cargado de una electricidad que erizaba la piel. Le tomó los hombros y la atrajo hacia su pecho. Alejandra sintió su calor, su fuerza, esa cercanía que siempre lograba confundirla. El impulso fue inmediato: buscó su boca casi sin pensarlo.
—Alexi… —murmuró él, rozándole los labios sin llegar a besarla—. No dejes que las historias ajenas contaminen lo nuestro. ¿No sientes lo que pasa cuando te toco? ¿Crees que esto se finge?
Sus manos comenzaron a moverse, lentas, decididas, recorriendo su cuerpo por encima de la ropa, despertando sensaciones que Alejandra conocía demasiado bien. Su boca descendió, dejando besos cargados de intención, de promesas que hacían temblar la voluntad. Por un momento, Marisa, la embajada, la lógica… todo estuvo a punto de desaparecer.
Pero justo cuando el deseo amenazaba con arrastrarla sin retorno, una pregunta emergió con una claridad dolorosa.
—Eduardo… —susurró, con los ojos cerrados—. ¿Eres soltero?
Él se detuvo.
El silencio que siguió fue abrupto, casi violento. La respiración de Eduardo, antes acelerada, se volvió lenta, contenida. El coche parecía demasiado pequeño para ambos. Alejandra no necesitó palabras: aquella pausa lo dijo todo.

IV

Aquella noche, Alejandra durmió poco y mal. El cuerpo exhausto no consiguió acallar la mente, atrapada en un bucle de dudas y recuerdos. A primera hora se levantó para acompañar a Marisa a la embajada. Fuera como fuese, sentía una afinidad profunda por aquella mujer alta y esbelta, de carácter firme y sonrisa melancólica, como si la vida le hubiera enseñado demasiado pronto a protegerse sin endurecerse del todo.

Marisa no entraba en la oficina hasta las diez y media. A esas horas, la residencia ya estaba medio vacía: algunas chicas habían salido hacia la universidad, otras hacia trabajos precarios, y unas pocas seguían durmiendo, ajenas al mundo. En el comedor solo estaban ellas dos. La encargada les sirvió el desayuno en silencio, como si respetara una intimidad que no se nombraba.

—¿De verdad estás decidida a trabajar? —preguntó Marisa, removiendo el café.

—Claro —respondió Alejandra sin dudar—. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Marisa alzó una ceja, irónica.

—Estudiar, por ejemplo.

Alejandra repitió la palabra en voz baja, casi saboreándola, con una sonrisa distraída.

—¿Estudiar? No… eso queda tan lejos.

En ese instante, una mesera apareció junto a la mesa con una carta en la mano.

—Para usted, señorita Vallin. La ha traído un botones ahora mismo.

Alejandra tomó el sobre. El papel era grueso, elegante. Alzó la vista hacia Marisa. Se miraron sin decir nada. Marisa hizo un gesto breve con la barbilla, señalando la carta.

—Ahí estará la respuesta —murmuró, sin entusiasmo—. Lee.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿De verdad Eduardo podía haberla engañado? Con aquel aspecto sólido, aquella manera de tocarla como si fuera lo único real… Alejandra negó para sí. No quería creerlo.
—Prefiero leerla sola —dijo, con un nudo en la garganta—. Necesito subir a mi cuarto.
—¿Es de él?
—Sí. Lleva el membrete de su oficina.
Marisa asintió despacio.
—Ya…
—¿Qué te pasa? —insistió Alejandra.
Marisa la observó largo rato. Tenía una tostada en la mano, que acabó dejando intacta sobre el plato.
—No sé qué dirá esa carta —dijo al fin—. Pero si dice lo que tú temes y yo sospecho… prométeme algo: no te rompas por dentro. No hagas lo que yo hice. Nunca.
Alejandra, aún demasiado inocente para medir el peso de aquellas palabras, se inclinó hacia ella.
—¿Qué hiciste?
Marisa negó despacio, como si la respuesta estuviera demasiado gastada.
—Yo suelo cenar con mis jefes —murmuró, con un tono extraño.
—¿Y eso qué tiene de malo?
Marisa se levantó. Ahora la miraba con una intensidad distinta, casi dolorosa. Le apoyó una mano temblorosa en el hombro.
—Alexi… quien te haga sufrir, peca dos veces. Anda, sube. Lee la carta. Luego baja. Yo me quedaré leyendo la prensa… a ver qué cenas de gala hay esta noche.
Alejandra no la entendió del todo. Subió a su habitación con el corazón encogido.
Se sentó en el borde de la cama y rompió el sobre. Dos hojas dobladas cayeron sobre sus piernas. Los dedos le temblaban al sostenerlas. Respiró hondo y empezó a leer.
Las palabras de Eduardo avanzaban con una mezcla de amor, justificación y miedo. No había confesión directa, sino rodeos cuidadosamente elegidos. Decía amarla. Decía no ser un cobarde,

aunque escribiera en lugar de hablar. Decía haber estado casado… y viudo. Hablaba de una vida anterior que no había desaparecido del todo.
Tres hijos.
No niños. Casi adultos.
Alejandra sintió cómo el aire abandonaba sus pulmones. Las frases seguían cayendo una tras otra, explicando, suavizando, pidiendo calma. Amor. Comprensión. Futuro. Matrimonio. Todo colocado con una lógica impecable que no lograba anestesiar el golpe.
El papel tembló entre sus manos.
Hasta la noche anterior, Eduardo había sido solo cuerpo, voz grave, deseo contenido, promesas susurradas contra su piel. Ahora era también pasado, responsabilidades, una vida que no le había mostrado. Alejandra cerró los ojos.
Entendió entonces la tristeza de Marisa. Y por primera vez, el miedo no fue perderlo, sino perderse ella misma en alguien que ya venía completo, lleno de sombras y cargas que no había elegido. Permaneció inmóvil, con la carta apretada contra el pecho. El papel conservaba todavía un leve calor, quizá del botones que la había entregado o quizá de la propia agitación que le recorría el cuerpo. El alivio la invadió con una intensidad casi dolorosa. No había engaño. No era el cínico que Marisa temía. Era algo más complejo, más humano. Un hombre con una historia pesada a la espalda, con batallas perdidas y responsabilidades asumidas, mientras ella apenas empezaba a abrir los ojos al mundo.
Marisa la observaba sentada en un extremo de la cama. Ya no había sospecha en su mirada, sino una envidia limpia, atravesada por esa melancolía constante que parecía acompañarla como una sombra discreta.
—Tres hijos, Alexi… —murmuró al fin—. No es poca cosa. Andrea ya es casi una mujer. Te examinará de arriba abajo, medirá cada gesto. Y los gemelos… a esa edad los chicos suelen vivir a la defensiva, celosos de todo lo que se acerque a su padre.
—No me importa —respondió Alejandra con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Ahora lo entiendo todo. Su seriedad, esa soledad que asomaba en sus ojos cuando creía que nadie lo miraba.

Todo encaja. No me asustan sus hijos. Me asusta haber estado a punto de perderlo por una duda absurda.
Se puso en pie de golpe. Aquel impulso suyo —el mismo que su padre siempre había criticado— le ardía en la sangre. Pero esta vez no era inconsciencia: era una certeza.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó Marisa.
—Llamarlo. ¿Qué otra cosa? —cruzó la habitación hasta el pequeño espejo de la pared. Se vio las mejillas encendidas, los ojos brillantes, cargados de una emoción que la desbordaba—. Me da igual el chalé, la colonia exclusiva o la doncella. Lo único que quiero es estar con él. Que no vuelva a sentirse solo.
—Piénsalo bien —insistió Marisa, levantándose—. Pasar de ser una chica libre a entrar de lleno en una familia hecha y derecha en una tarde… es un salto enorme.
—Llevo saltando desde que salí de Valencia —respondió Alejandra sin dudar—. Y si al final del vacío están los brazos de Eduardo, no me importa caer.
Salió de la habitación casi corriendo. Bajó al vestíbulo, donde estaba el teléfono público de la residencia. Le temblaban tanto los dedos que tardó en marcar el número. Cada tono de espera se le antojó eterno.
—¿Diga?
—Con el señor Maresta, por favor. Habla Alejandra Vallín. Es urgente.
Hubo un silencio, un clic, y entonces su voz. Grave, profunda, atravesándola como siempre.
—¿Alexi?
En aquel tono había miedo y esperanza a partes iguales.
—He leído la carta —dijo ella tras tragar saliva.
—Dime… —suplicó él—. Si vas a decirme que no, hazlo ahora.
—Te espero esta tarde —respondió Alejandra, y una lágrima de felicidad le recorrió la mejilla—. A las seis. Y no te preocupes por nada. Cuando se quiere de verdad, no existen los obstáculos.
Al otro lado del teléfono, Eduardo soltó un suspiro largo, como si acabara de recuperar el aliento.
—A las seis. Gracias… gracias, Alexi.

Colgó y se apoyó contra la pared. Estaba sofocada, eufórica, aterrada y feliz al mismo tiempo. Iba a conocer a sus hijos. Iba a entrar en una vida que no había imaginado. Pero mientras subía de nuevo las escaleras para prepararse, se sintió más fuerte que nunca.
En el pasillo se cruzó con Marisa. Esta vez, su sonrisa no tenía tristeza. Le acarició la mejilla con un gesto cálido.
—Supongo —sonrió Marisa— que no hace falta preguntarte.
Alejandra negó despacio, sin apartar la mirada.
—No.
—¿Eres así de valiente?
Alejandra sostuvo el reto en silencio unos segundos antes de devolverle la pregunta.
—¿Y tú qué harías en mi lugar?
Marisa soltó una breve risa, casi incrédula.
—Vamos… la respuesta es obvia. Me casaría con él. Tú eres dulce, comprensiva, tienes una forma de mirar que desarma. Ganarte el cariño de tres chicos que apenas han tenido una madre no te va a resultar difícil.
—¿Y si, aun así, no lo consigo? —preguntó Alejandra en voz baja.
Marisa le apoyó la mano en el hombro, con un gesto firme y cálido.
—No creo que exista nadie capaz de resistirse a tu ternura. Yo misma apenas te conocía hace tres días y he terminado contándote cosas que no le he dicho nunca a nadie. Tienes algo, Alexi —añadió con sinceridad—. Algo distinto. Eduardo Maresta tiene razón: ese fondo tuyo se gana las voluntades sin que uno se dé cuenta. Adelante. Le amas. Cásate con él.
Alejandra respiró hondo.
—Ni por un segundo he dudado —admitió—. Pero también tengo miedo.
—¿Quién no lo tiene cuando va a cambiar su vida? —respondió Marisa—. Solo los inconscientes o los brutos. Pero tu miedo es distinto, es lógico. Y hombres como Eduardo, de los que parecen sostener el mundo sobre los hombros, saben cuidar incluso de mujeres frágiles y hermosas como tú.
Marisa sonrió con una mezcla de certeza y resignación. Alejandra, en cambio, sintió que aquel miedo convivía ya con algo más fuerte: el

deseo de dar el salto sin mirar atrás.
—Ahora, si me permites un consejo de amiga, sube y ponte algo que te haga sentir invencible. Esta tarde no solo vas a ver al hombre que amas; vas a enfrentarte a su pasado y a su futuro de un solo golpe.

En su habitación, frente al armario abierto, Alejandra se sintió de pronto pequeña. Vulnerable. ¿Qué se ponía una mujer para conocer a los hijos de otro hombre? ¿Cómo se vestía alguien que estaba a punto de convertirse en madrastra cuando apenas le separaban unos pocos años de la hija mayor?
Optó por un conjunto de lana fina en color crema. Era sobrio, luminoso, suave al tacto. Le daba una serenidad que no sentía por dentro, pero que necesitaba proyectar. Se soltó el cabello y lo cepilló con paciencia hasta que brilló, como si ese gesto pudiera ordenarle también los pensamientos. Aplicó apenas unas gotas de perfume en las muñecas y detrás de las orejas..
A las seis menos cinco ya estaba en el portal. El frío de diciembre mordía la piel, pero dentro de ella ardía otra cosa: una mezcla de deseo, miedo y determinación que la mantenía erguida.
El coche de Eduardo apareció puntual, cortando la calle con una urgencia que no intentó disimular. Frenó con brusquedad. No esperó a que ella se acercara. Bajó del coche y caminó hacia ella. Alto, firme, envuelto en su abrigo gris. Bastó verlo para que el nudo en el estómago se deshiciera. Era él. Y eso bastaba.
Se detuvo a un paso. No la tocó, pero su mirada recorrió su rostro como si necesitara asegurarse de que era real.
—Alexi… —murmuró, y sus manos temblaron apenas—. Hoy en el despacho he estado a punto de perder la cabeza. No sabes lo que ha significado tu llamada.
—Lo sé —respondió ella, acortando la distancia y apoyando las manos en su pecho—. Porque yo he sentido exactamente lo mismo.
Eduardo cedió. La rodeó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo, escondiendo el rostro en su hombro. Respiró hondo, como si estuviera recuperando el aire perdido durante años.

—¿Estás segura? —preguntó junto a su oído, con esa voz grave que la desarmaba—. Son tres. Y no son niños. Tienen carácter, conflictos… A veces la casa es un campo de batalla.
Alejandra lo separó lo justo para mirarlo a los ojos.
—Eduardo, yo he vivido en una guerra diaria sin amor que la justificara. En tu casa habrá problemas, sí. Pero también estás tú. Y eso lo cambia todo.
Él la besó entonces. No fue un beso urgente ni desbordado. Fue lento, profundo, casi solemne. Un acuerdo silencioso. Cuando se apartaron Alexi comprendió la magnitud de lo que estaba ocurriendo. No era solo el inicio de una relación; era una colisión de dos mundos. Sintió que a partir de ese instante la vida se dividiría en dos fases: la pasión incontenible de dos cuerpos que se reconocían hambrientos, y esa ternura infinita de quien ha encontrado, por fin, un refugio.
Cuando él se separó apenas unos milímetros para mirarla, Alexi sintió que el calor le subía por el pecho, encendiéndole las mejillas.
—No tienes ni idea de cómo besar —susurró él con una risa ronca, rozando su nariz con la de ella—. No tienes ni idea de lo que un hombre puede llegar a sentir por ti.
—Lo siento todo —respondió ella en un susurro—. Siento como si me estuvieras inyectando una vida infinita para robármela un segundo después y devolvérmela otra vez.
—Eres una criatura fascinante —murmuró Eduardo, volviendo a sellar sus labios.
Esta vez, Alexi se sintió audaz. Abandonó la pasividad y rodeó la espalda de Eduardo con sus brazos, hundiendo los dedos en su pelo, recorriendo la nuca donde las hebras de plata brillaban bajo la luz de la luna. Se quedaron paralizados, descubriéndose en esa entrega total. Él no esperaba que una joven tan aparentemente frágil tuviera esa fuerza; ella no esperaba que un hombre tan maduro fuera un loco tan maravilloso.
Horas después, el escenario cambió al espacio claustrofóbico y moderno del ascensor de la residencia. Eduardo la tenía acorralada contra el panel de acero inoxidable; sus cuerpos estaban tan pegados que Alexi sentía cada latido, cada respiración de él como si

fuera propia. La ansiedad era insaciable. Él reía contra sus labios, enseñándole los ritmos del deseo, y ella aprendía con una rapidez que la asustaba y la maravillaba a partes iguales.
—Voy a decírselo esta noche —dijo Eduardo, hablando directamente sobre su boca, rozándola apenas, provocándole ese enloquecimiento enervante que solo él sabía despertar.
—¿A ellos? ¿A tus hijos?
—Sí. Ha llegado el momento.
Alexi apoyó la cabeza en el hombro de él, tratando de asimilar la realidad que les esperaba fuera de esa burbuja.
—Escribo un diario —confesó ella—. Algún día te dejaré leerlo.
—¿De veras? ¿Salgo yo?
—Desde la primera página.
—Entonces hagamos un trato. Esta noche escribiré yo. Escribiré todo lo que ocurra con Andrea y los chicos. Mañana te daré esas páginas para que las guardes en tu diario. Será nuestro primer fragmento de vida compartida.
—¿Me lo prometes? —preguntó ella, anhelante.
—Te lo prometo. Mañana será tuyo.
El ascensor se detuvo. Alguien llamaba desde otra planta, rompiendo el hechizo. Alexi trató de soltarse, pero Eduardo le retenía las manos, negándose a dejarla marchar.
—Loco… suéltame —susurró ella con una sonrisa.
—Voy a adorarte, Alexi. No tienes ni idea de cuánto.
Ella le sostuvo la mirada un último segundo, con toda la verdad de su alma reflejada en los ojos.
—Como yo a ti.
Escapó del ascensor antes de que él pudiera apresarla de nuevo en el embrujo de sus brazos, dejando a Eduardo solo en la cabina, con el eco de su perfume y la promesa de una noche que cambiaría el destino de su familia.

V

Eduardo dejó a Alexi en la residencia un poco antes de lo habitual. Necesitaba estar en casa, en su terreno, antes de que sus hijos regresaran de sus clases. El trayecto de vuelta fue un nudo de nervios en el estómago; enfrentarse a sus tres hijos era, sin duda, el reto más difícil de su carrera como padre.

Al llegar al chalé de la Colonia del Viso, encontró a Irene, la asistente, en la terraza exterior, ocupada con unos maceteros. Al oír el motor del Porsche, ella levantó la vista, sorprendida. Irene lo sabía todo; llevaba días leyéndole en los ojos que algo radical había cambiado. Eduardo estaba enamorado de una forma que rayaba la obsesión: una mezcla de fascinación por la pureza de Alexi y una urgencia vital que no sentía desde hacía décadas.

—¿Hoy toca retiro temprano, señor? —preguntó Irene con tono inquisitivo.

—Sí. Hoy voy a hablar con ellos. De hoy no pasa —respondió Eduardo, tajante—. ¿Crees que sospechan algo?

—Sinceramente, creo que no tienen ni idea —dijo ella, soltando las herramientas de jardín—. Mire, señor, sé cuánto la quiere. Se le nota en el pulso y en que, en todos estos años, jamás mencionó a otra mujer. Pero los chicos ya no son niños. Andrea quizá no diga nada por respeto, pero los gemelos…

—Soy joven, Irene. Aún me queda vida —insistió él, más para convencerse a sí mismo—. Ellos están a punto de volar. Eloy quiere la carrera diplomática, Augusto ingeniería. Andrea hará su vida pronto.

—Me parece perfecto que se case, de verdad. Pero esta noche, por favor, sea delicado. Tenga tacto.

Eduardo le dio una palmada afectuosa en el hombro, agradeciendo su lealtad silenciosa. Entró en la casa por la puerta trasera, la que daba acceso directo a su despacho-biblioteca, evitando pasar por el salón principal.

Una vez dentro, fue incapaz de sentarse. Se sirvió un whisky y empezó a encadenar un cigarrillo con otro, sintiéndose como un

adolescente a punto de cometer una locura. Se sentía extrañamente desnaturalizado: amaba a sus hijos, pero en aquel momento, si le obligaran a elegir, sabía que no podría renunciar a Alexi. Su primer matrimonio había sido una urgencia de juventud, una responsabilidad que se volvió rutina entre pañales y la enfermedad de su difunta esposa. Pero lo de ahora era distinto; era eléctrico, era vida pura.

Había tenido amantes y aventuras que no duraban más que un par de noches de hotel, pero Alexi le hacía temblar. Esa mezcla de ingenuidad y pasión incontenible lo tenía desarmado.

Sus pensamientos se cortaron cuando oyó voces en el jardín. Los tres hermanos, puntuales como siempre tras quedar en el centro de Madrid, entraban en casa. Paulina, la joven empleada que llevaba años ayudando con la crianza de los chicos, se asomó al despacho con el rostro demudado.

—Señor… ya están aquí.

Eduardo la llamó y le puso una mano en el hombro, notando que ella también estaba al tanto por las confidencias de Irene.

—Ya sabes lo que voy a hacer, Paulina.

—Irene y yo estamos felices por usted, de verdad —murmuró ella—. Pero tenemos miedo. Sobre todo por Eloy; ya sabe que es el más impulsivo.

—Servid la cena cuanto antes —ordenó Eduardo con suavidad, tratando de proyectar una seguridad que no sentía—. Hablaré con ellos después de cenar.

Alexia decidió zanjar sus asuntos pendientes bien temprano. Se presentó en el piso de su tía Elisa y la encontró en la cocina, rodeada de ese olor a cerrado y humedad, echando latas de comida barata a los gatos.

Al verla, la anciana le lanzó una mirada cargada de resentimiento.

—¿Se puede saber dónde te metes? —le espetó sin saludar—. ¿De qué vives? ¿A qué has venido ahora?

Alexia se sentó con cuidado en el borde de una silla cuya tapicería acumulaba polvo de décadas.

—Vengo a darte una noticia. Una muy importante para mí.
La tía dejó el bote de comida y se irguió. Parecía un espectro: flaca, con la piel amarillenta y esa rigidez de quien vive en guardia. Alexia no pudo evitar recordar su diagnóstico médico.
—¿Cómo vas de lo tuyo? ¿Te estás cuidando?
—Historias de los médicos —bufó la tía—. Todo ese cuento de la vesícula no era más que una estafa para sacarme los cuartos.
—La consulta la pagué yo, tía Elisa —le recordó ella con suavidad.
La anciana refunfuñó algo ininteligible.
—Deberías tomártelo en serio. Los sustos con el hígado son traicioneros, y supongo que querrás durar muchos años.
Ante la mención de la muerte, a Elisa se le desencajó el rostro. El miedo a perder sus posesiones era lo único que superaba a su avaricia.
—Te digo que no tengo nada —insistió, aunque con menos convicción—. Pero dime ya a qué has venido. No creo que te hayas cruzado Madrid solo por mi salud.
—Me caso.
La noticia fue como un impacto físico. La tía se dejó caer en la silla, aplastando casi a uno de los gatos, que huyó bufando. Elisa, que normalmente habría corrido tras el animal, ni se inmutó.
—¿Qué dices? —exclamó al fin—. ¿Casarte? ¿Con quién? ¿Es algún aprovechado que espera que yo te dé una dote?
Alexia soltó una carcajada limpia.
—Tía, no soy tan poco atractiva, y creo que tengo otros valores.
—¡Tonterías! Los tíos de hoy solo van a por la pasta —la cara de la tía se congestionó de repente—. Pues ya le puedes ir diciendo que no va a oler ni un euro. Soy pobre, Alexia. Una pobre mujer que tiene que comprar las ofertas del súper para sobrevivir. No tengo nada.
—Tranquila. No necesito tu dinero. Guárdatelo o dónalo a una ONG para que limpie un poco tu conciencia cuando ya no estés.
—¿Mi qué? ¿Cómo te atreves?
—Calma, no he venido a pelear. Me caso en un mes. Todo va a ser muy rápido. Estoy enamorada y él tiene una posición más que desahogada. No busca tu patrimonio. De hecho, si hiciera falta, yo

misma trabajaría para mantenernos. Las mujeres de ahora somos prácticas, tía; no nos quedamos en casa haciendo ganchillo y criticando al vecino. Somos independientes.
Se puso en pie. Notó que su tía se relajaba ligeramente; si no había dinero de por medio, el conflicto perdía interés para ella.
—¿Y quién es el "afortunado"? —preguntó con retintín.
—Eduardo. El constructor.
El efecto fue instantáneo. La tía saltó de la silla como si tuviera un muelle.
—¿El del solar? ¡Lo sabía! Por eso dejó de llamarme. ¿Qué pretendéis? ¿Casaros para robarme el terreno por cuatro duros? ¡Pues no vendo! ¿Me oyes? ¡No pienso vender!
—No te equivoques —rio Alexia, divertida por la paranoia de la anciana—. No nos hace falta tu solar. Pero te daré un consejo: véndelo ahora que tienes una oferta decente, porque si esperas más, se convertirá en un vertedero y no te darán ni las gracias.
—¡Lagartona! —gritó Elisa, fuera de sí—. ¡Has ido a por él para hundirme! No pienses que voy a ir a esa boda. ¿De dónde voy a sacar yo para un vestido y unos zapatos nuevos?
—Yo te lo regalo todo, tía. No te preocupes por el presupuesto.
Esa frase la desarmó por completo. Alexia aprovechó el silencio para salir al rellano, respirando al fin el aire frío de la calle, lejos de aquella atmósfera asfixiante. Su tía era una mujer triste que moriría rodeada de millones mientras contaba céntimos para el pan.
Pasó la mañana en un suspiro hasta que, al mediodía, llegó el sobre de Eduardo a la residencia. Marisa estaba en la habitación, recién llegada de la embajada. Tenía ese aire reflexivo y melancólico que la acompañaba siempre, como si cargara con un secreto demasiado pesado para su edad. Era hermosa y brillante, pero estaba terriblemente sola.
—Mira —le dijo Alexia, mostrándole el sobre—. Eduardo me ha enviado el relato de lo que pasó anoche con sus hijos. Me prometió ser sincero. ¿Quieres leerlo conmigo?
Marisa forzó una sonrisa y se sentó en la cama.
—Claro. Me muero por saber cómo reacciona una familia de Instagram cuando el padre les suelta la bomba.

—Es que yo escribo un diario, ¿sabes? —confesó Alexia mientras abría el sobre.
Marisa se rió, esta vez de verdad.
—¿En serio? ¿Todavía existen los diarios? Eres increíble, Alexi. Ojalá yo pudiera volver atrás y sentir las cosas con esa intensidad tuya, sin tanto cinismo.
Alexia no supo qué responder a eso. Con los dedos temblorosos empezó a leer el mensaje.
—Escucha…

Se instalaron en el salón después de cenar, con el televisor encendido de fondo como puro ruido blanco. Andrea estaba frente a él, en el sofá, con la tablet apoyada en las rodillas y los apuntes de la universidad abiertos. De vez en cuando, levantaba la vista, le dedicaba una sonrisa distraída a su padre y volvía a lo suyo. Tenía esa belleza morena y serena que le recordaba tanto a sí mismo. Eloy, por el contrario, tenía el perfil afilado de su madre, aunque compartía con sus hermanos esos ojos oscuros y profundos, marca de la casa.
—Qué milagro que hoy no te hayas ido al club a jugar al pádel o a tomar algo, papá —comentó Augusto, el más corpulento y pragmático de los tres.
Eduardo se levantó y cambió de sitio para poder verlos a los tres de frente, formando un semicírculo.
—Es que esta noche tengo algo importante que deciros.
Los tres dejaron lo que estaban haciendo. Andrea bloqueó la tablet y Eloy se cruzó de brazos, analizando a su padre con esa mirada analítica que usaba cuando se preparaba para un debate en la facultad de Políticas.
—¿Qué pasa? —preguntó Eloy—. ¿Alguna bronca por las notas? No creo, vamos al día con todo.
—Nadie hace más de lo que puede, Eloy. Si lo hacéis, es porque podéis —respondió Eduardo, intentando ganar tiempo.
—Ve al grano, papá —intervino Augusto con su habitual falta de rodeos—. ¿De qué se trata?

—Se trata de mí. No quiero hablaros de vuestros estudios, sino de mi vida personal.
Andrea cerró la funda de su tablet con un clic metálico. Eduardo notó que la tensión en la habitación subía varios grados de golpe.
—Me voy a casar.
Lo soltó así, a quemarropa, sin anestesia ni preámbulos. Fue como un disparo en medio del salón. Los tres se quedaron petrificados; hicieron el amago de levantarse, pero se hundieron de nuevo en los sofás, asimilando el impacto.
—Sí —continuó Eduardo, manteniendo un tono de voz suave pero firme—. He encontrado a una mujer increíble. Y soy joven aún; tengo treinta y siete años. Hay tíos que a mi edad están empezando a plantearse su primer matrimonio. Yo tengo la suerte de teneros a vosotros, pero también derecho a no estar solo.
Se hizo un silencio sepulcral. Los tres bajaron la cabeza, rumiando la noticia. Eduardo, sintiendo que los nervios empezaban a traicionarle, prosiguió:
—Se llama Alexi. Tiene veintitrés años y nos queremos.
Fue Eloy el primero en saltar, incapaz de contener esa mezcla de indignación y soberbia que le caracterizaba:
—Yo no tengo ningún interés en conocerla. No voy a decirte que no te cases, porque como dices, eres joven, pero… ¿una madrastra a estas alturas? Me parece un golpe bajo, papá.
—Eloy, corta ya —intervino Augusto, el buenazo—. Papá sabe lo que hace. Nosotros ya no somos niños, no necesitamos que nos cuiden.
—¡Precisamente por eso! —exclamó Eloy, y la discusión empezó a desplazarse entre los hermanos, ignorando casi la presencia de Eduardo—. Ahora que no necesitamos una madre, ¿para qué meter a alguien en casa? Si lo hubieras hecho cuando éramos pequeños… Además, sabes perfectamente que hay mil opciones para un hombre rico antes de tener que firmar un papel y casarse.
Aquello fue demasiado. Eduardo se levantó de un salto, se acercó a Eloy y le agarró del brazo con fuerza.
—Escúchame bien, mequetrefe —estalló—. ¿Qué te crees que sabes de la vida? ¿Crees que tu padre tiene que vivir escondiéndose,

teniendo relaciones de usar y tirar como si fuera un delincuente? Tengo derecho a vivir con dignidad y a tener una esposa.
Eloy le sostuvo la mirada, pero Eduardo vio el brillo de la rebeldía en sus ojos.
—No pienso aceptar a esa mujer —soltó el chico fríamente.
—Eloy —respondió Eduardo, recuperando una calma peligrosa—, no me caso para que tú la aceptes o la dejes de aceptar. No os he reunido para pediros permiso. He dicho: «Me caso». Y es lo que va a pasar.
—No creo que a tu mujer le entusiasme vivir con tres hijos que la detestan.
Eduardo miró a los otros dos. Andrea estaba más pálida que de costumbre, evitando mirarle a la cara. Sabía que su hija compartía el rechazo de Eloy, pero también sabía que en cuanto conocieran a Alexi, su dulzura terminaría por desarmarlos. Luego miró a Augusto, que le devolvió una sonrisa difícil de descifrar: ¿era apoyo o una rendición silenciosa?
—Andrea, ¿tú qué dices? —preguntó Eduardo.
La chica se removió en el sofá, abrazando la tablet contra su pecho como si fuera un escudo.
—Has dicho que nos lo anunciabas, papá, pero que no pedías nuestra opinión.
—Lo sé. Pero me gustaría saber qué sientes tú.
Vio que a la chica le temblaban los labios. Era extremadamente sensible.
—Preferiría… preferiría que no lo hicieras. Que no te casaras —dijo, a punto de romperse.
Eduardo fingió indiferencia para no venirse abajo y se giró hacia Augusto.
—¿Y tú, Augusto? Sé sincero, como siempre.
Augusto se apretaba las manos, visiblemente incómodo. Estaba claro que no aprobaba la decisión, pero su carácter le impedía ser tan beligerante como Eloy.
—Dilo ya, tío —le pinchó Eloy—. ¿Por qué te callas? No nos mola que se case. Vamos a odiar a esa tía. Andrea no necesita una madre y nosotros tampoco.

—Pero la necesito yo —sentenció Eduardo.
—¿Una madre? —preguntó Eloy con una impertinencia que rozaba el insulto.
—¡Una mujer! ¡Una esposa! —gritó Eduardo, perdiendo definitivamente la paciencia.
Uno a uno, sus hijos abandonaban el salón dejándolo solo con el eco de sus palabras. No intentó retenerlos ni permitió que la rabia le dominara; sabía que forzar la situación esa noche solo empeoraría las cosas. Confiaba en que el descanso y la luz del día les trajeran algo de lucidez.
Se acostó tarde, dándole vueltas a cada frase, y se levantó antes de que amaneciera. Esperaba encontrar la casa en silencio, pero se equivocó. Para sus hijos, aquel no era un lunes cualquiera.
Los encontró a los tres en el *office* de la cocina. Andrea estaba sirviendo el café mientras los gemelos consultaban sus móviles en un silencio tenso. Al ver entrar a su padre, se quedaron petrificados.
—Buenos días, papá —dijo Andrea, rompiendo el hielo.
—Buenos días, chicos —respondió Eduardo, sentándose a la mesa con una calma ensayada, como si la tormenta de la noche anterior no hubiera existido.
Se acercó a ellos y los besó uno por uno. Al llegar a Andrea, notó que la chica temblaba de forma casi imperceptible.
—Supongo que quedará una taza de café para mí —dijo él mientras se acomodaba—. ¿A qué viene este madrugón? No sois de los que saltan de la cama antes de las ocho si no es estrictamente necesario.
—Tenemos una tutoría antes de las clases —soltó Eloy sin levantar la vista de su iPhone.
A Eduardo le irritó la mentira. Conocía los horarios de la facultad de su hijo y sabía que Eloy mentía con una facilidad pasmosa cuando quería evitar un conflicto.
—No es verdad —le cortó Andrea con su lealtad habitual, mirando fijamente a su hermano—. No tenemos nada. Eloy, ese hábito de mentir no te va a servir de mucho en la carrera diplomática.
—Te equivocas —replicó Eloy, recuperando su tono impulsivo—. La diplomacia es, en esencia, saber mentir en el momento adecuado.

—Ahora mismo no te paga ningún Gobierno por mentir, Eloy —puntualizó Eduardo con frialdad.
—Tu boda sí nos obliga —soltó el chico, dejando el móvil sobre la mesa con un golpe seco—. Hemos hablado los tres. Ellos no se atreven a decírtelo a la cara, pero yo sí: no estamos de acuerdo, papá. No nos gusta.
—Me queda claro. Pero, como ya imagináis, mi decisión es firme. Me voy a casar.
El silencio volvió a caer sobre la mesa, denso y pesado. En ese momento, Irene apareció en el umbral de la cocina con el uniforme recién puesto.
—¿Pero qué es esto? —exclamó al verlos servirse ellos mismos—. ¿Es que pensáis despedirme y que no me he enterado?
Los tres hermanos se levantaron al unísono para abrazar y besar a la mujer. Eduardo los observó desde su sitio. A pesar de todo, no sentía rencor. Conocía la nobleza de sus hijos y conocía la luz de Alexi; estaba convencido de que, tarde o temprano, terminarían necesitándose los unos a los otros.
Cuando volvieron a sentarse, Eduardo tomó la palabra con la mayor naturalidad posible:
—Alexi es una mujer con formación, habla dos idiomas y, tras perder a su padre, está sola en el mundo. Solo espero una cosa de vosotros: que no seáis tan crueles como para hacerle la vida imposible. No os pido que la veáis como una madre, sois demasiado mayores para eso, pero me gustaría que la tratarais como a una amiga. Cualquier otra actitud es lo único que no os perdonaré.
Nadie respondió. Augusto, el más centrado, le sostuvo la mirada un segundo antes de volver a su café. Eduardo dio el asunto por zanjado. Se puso en pie, volvió a besarlos con afecto y salió hacia el garaje. Tenía que ir a la oficina, pero sobre todo, tenía que ver a Alexi.

VI

La voz de Alexi se extinguió en un suspiro al terminar de leer el mensaje de Eduardo. *Alexi, no te asustes. Yo sé que mis hijos comprenderán. Son seres nobles, sensibles, y me quieren mucho.* Si Eduardo había pretendido tranquilizarla con sus palabras, había conseguido el efecto contrario. Tres hijos adultos, tres frentes abiertos y una hostilidad que se percibía en cada línea del mensaje.

Alexi dirigió la mirada hacia Marisa, que permanecía sentada en el borde de la cama, sonriendo con una calma desconcertante.

—Bueno —dijo Marisa, rompiendo el silencio—, tu futuro marido es un hombre inteligente, decidido y, sobre todo, está loco por ti. Es exactamente lo que necesitas, Alexi.

—¿Y los chicos? —preguntó Alexi, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Te asustan?

—Mucho. No soy una mujer fuerte, Marisa. ¿Cómo voy a luchar contra tres personas que ya han decidido odiarme antes de conocerme?

—No luches —respondió Marisa con seguridad—. Tú no vas a ser la madrastra de cuento, ¿verdad? Pues tampoco intentes ser la santa mártir. Limítate a esperar.

—Ay, Marisa, tengo el corazón en un puño.

Marisa soltó una carcajada suave y apoyó una mano en el brazo de Alexi.

—Escucha, el tal Eloy, a quien Eduardo ha retratado como un pequeño Maquiavelo de facultad, no es más que fachada. Los que más ladran suelen ser los primeros en morder el polvo ante un poco de cariño auténtico. Para mí, tus verdaderos desafíos van a ser Augusto y Andrea.

—¿Andrea? —Alexi se sorprendió—. Pensé que, siendo mujer, sería más fácil conectar con ella.

—Puede que me equivoque, pero los silencios de Andrea y la "sonrisa" de Augusto me parecen mucho más peligrosos que las impertinencias de Eloy.

—Dios mío… —susurró Alexi, hundiendo la cara en las manos.

—No seas tonta —la interrumpió Marisa, dándole un beso inesperado en la frente—. Mereces toda la felicidad del mundo, y ellos acabarán dándotela, pero tendrás que conquistarlos uno a uno, como quien desarma una bomba. Eduardo ha sido muy listo escribiendo esto; te ha dado el manual de instrucciones. Él sabe que vas a terminar ganándotelos, igual que nos ganas a todos los que te conocemos.
—Siempre me idealizas, Marisa.
—No, Alexi. El mundo de hoy está podrido, lleno de mentiras de Instagram y fachadas de cristal. Te prometen el paraíso y luego te dejan en un descampado. Lo sé yo, que vivo sumergida en esa miseria moral que a veces es el ser humano. Pero tú… tú eres la excepción. No sabes qué es la doblez ni la ruindad. Eres transparente, algo que ya no existe. Ojalá te hubiera conocido antes; quizá habría aprendido algo de ti.
—Siempre dices lo mismo —respondió Alexi, mirándola a los ojos con curiosidad—. ¿Tan mala crees que eres?
—No es que sea mala, Alexi —dijo Marisa, y esa tristeza patética volvió a nublarle la mirada—. Es que, simplemente, no supe cómo ser buena.

Eduardo seguía en su despacho diez minutos después. Eran las ocho en punto. Lo habitual era que los tres bajaran con él al garaje para que los dejara en sus respectivas facultades de camino a la oficina, pero esa mañana no pensaba mover un dedo a menos que ellos se lo pidieran.
No le sorprendió ver a Eloy, el autoproclamado líder del grupo, asomándose al umbral con una mezcla de prepotencia y timidez mal disimulada. Eduardo decidió mantener el tipo, fingiendo una indiferencia que no sentía.
—¿Pasa algo, Eloy? —preguntó, sin levantar la vista de unos informes.
El chico torció el gesto en una mueca de fastidio.
—La verdad, papá, es que no acabamos de entender tu actitud.
—¿Hablas por ti o por todos?

—En nombre de los tres.
Eduardo se sentó en el brazo de un sillón de cuero y le sostuvo la mirada.
—Muy bien. ¿Qué es exactamente lo que no entendéis?
—Pues todo. Dices que te casas y ya está. Creo que deberías haber tenido en cuenta nuestra opinión antes de dar un paso así.
Eduardo sintió una punzada de ironía. Le asombraba la seguridad con la que su hijo reclamaba un derecho a veto sobre su vida privada.
—Siéntate, Eloy. Si vas a ser el portavoz de tus hermanos porque ellos no se atreven a dar la cara...
En ese momento, Andrea y Augusto aparecieron tras su hermano. Andrea, con la voz un poco quebrada, se apresuró a intervenir:
—No es que no nos atrevamos, papá, pero...
—Pasad, pasad —los cortó Eduardo—. Vamos a hablar como cuatro adultos.
—Yo considero que... —empezó Eloy, pero su padre le frenó en seco.
—No, Eloy. Olvida tus consideraciones por un momento. Lo que tú piensas ya nos ha quedado claro a todos. Tu actitud dice más que tus palabras: quieres convencerme de que dé marcha atrás.
—Es lo lógico —insistió el chico.
—¿Y por qué? —estalló Eduardo, aunque manteniendo el control—. ¿Os he avergonzado alguna vez? ¿Creéis que voy a traer a esta casa a alguien que no esté a vuestra altura? Traigo a mi mujer, a una chica inteligente, cariñosa y que me quiere. ¿Qué más podéis pedir? Quizá os creáis muy maduros e independientes, pero os equivocáis. El apoyo emocional se necesita siempre, y más cuando todavía sois, en el fondo, unos críos.
El comentario de "críos" cayó como una bomba. Vio cómo los tres tensaban la mandíbula, ofendidos en su orgullo de veinteañeros. Eduardo lo había dicho a propósito; necesitaba que reaccionaran, que soltaran toda la bilis que estaban acumulando.
Sin embargo, Eloy, haciendo gala de su futuro como diplomático, decidió cambiar de estrategia. Comprendió que el choque frontal no funcionaría con su padre. Eduardo, por su parte, tuvo una certeza

absoluta: su hijo se opondría a ese matrimonio por todos los medios posibles, pero lo haría desde la sombra.
Sin querer alargar una conversación circular que no llevaba a ninguna parte, Eduardo consultó su reloj.
—Es tarde. Si vais a venir a Madrid conmigo, moveos ya.
—¿Es que pensabas irte sin nosotros? —preguntó Augusto, extrañado.
—Yo no, pero pensé que vosotros preferiríais no subir al coche de un hombre que os "impone" una madrastra.
—Te vas a casar igual —sentenció Eloy mientras caminaban hacia el garaje—. No eres de los que renuncian a sus ideas.
—No son ideas, Eloy. Son sentimientos.
—Ponle el nombre que quieras. Sabemos que no vamos a convencerte. Pero no esperes, papá —añadió con una calma que a Eduardo le dio ganas de reír—, que nosotros la aceptemos como madre.
—En absoluto, chicos. Dios me libre de pretender algo así. ¿Vamos?
Los tres le siguieron dócilmente hasta el coche. Durante el trayecto por la A-6, para evidente fastidio de los tres, Eduardo se dedicó a hablar con absoluta normalidad sobre el último partido de Champions, estrenos de Netflix y sus planes de exámenes, como si su mundo no estuviera a punto de transformarse para siempre.

A las trece en punto, el Porsche de Eduardo se detuvo frente a la residencia. Avisaron en recepción y Alexi bajó casi sin sentir los peldaños bajo los pies. Allí estaba él, apoyado en el coche, con esa presencia que parecía ocuparlo todo, seguro de sí mismo, con esa sonrisa capaz de hacerle creer que el mundo era, pese a todo, un lugar seguro.
Avanzaron el uno hacia el otro y se encontraron a mitad de camino. Eduardo la rodeó con los brazos sin decir nada y la besó con una intensidad que suspendió el tiempo. En ese instante, sentir su cuerpo contra el suyo fue la única certeza que Alexi necesitó.
—He venido a por ti —susurró él, con las manos aún firmes en su cintura—. Vamos a comer a casa.

—¿A tu casa? —El miedo le recorrió la espalda como una descarga eléctrica.
—Claro. Con los tres. No me digas que te vas a echar atrás ahora que ya sabes a quién te enfrentas, después de lo que te escribí.
Alexi se estremeció. Eloy era el que más la aterraba.
—Ese chico tiene mucho ruido y pocas nueces —rió Eduardo, restándole importancia—. Estoy seguro de que hoy se han saltado las clases para montar un gabinete de crisis. Eloy soltará alguna pulla y Augusto intentará ignorarte, pero somos un equipo, Alexi. Tú, con tu luz, y yo, con mi naturalidad, los acabaremos desarmando.
Otra mujer —quizá una más sensata, como decía Marisa— se habría dado la vuelta. ¿Por qué cargar con la mochila emocional de un viudo con tres adolescentes a punto de ser adultos? Pero al mirar a Eduardo, Alexi supo que no había alternativa. Él era su destino.
—Está bien —dijo, sorprendiéndose de su propia valentía—. Dame diez minutos. Voy a ponerme algo que me haga sentir poderosa.
Subió y se vistió deprisa. El sol de diciembre entraba oblicuo por la ventana, bañando Madrid con una luz fría pero nítida. Eligió un traje de chaqueta entallado, de corte moderno, en gris marengo, que estilizada su figura y le daba un aire profesional y juvenil. Tacones altos, bolso negro, el pelo perfectamente liso. Al mirarse al espejo, se vio preparada para una batalla de alto nivel.
Cuando bajó, Eduardo se quedó en silencio durante un segundo.
—Cada día estás más increíble —murmuró, acercándose para besarla.
—Cuidado —se apartó ella con una sonrisa traviesa—. Me acabo de pintar los labios. No me dejes el carmín por toda la cara.
Eduardo soltó esa risa profunda y sincera que tanto le gustaba. Alexi se colgó de su brazo.
—Vamos, amor. A por la gran batalla.
En el pasillo se cruzaron con Marisa. Iba, como siempre, impecable, pero al ver a Eduardo palideció. Se produjo un silencio extraño, una vibración incómoda que Alexi no supo interpretar. Los presentó con rapidez. Eduardo se mostró excesivamente correcto, casi distante, limitándose a un saludo formal.

—Nos vamos a comer con los chicos —le dijo Alexi a Marisa—. Te cuento todo cuando vuelva.
Marisa no respondió. Sus ojos permanecían fijos en Eduardo. Él, con un gesto grave, asintió y tiró suavemente de Alexi hacia la salida. En cuanto el coche arrancó, su tono cambió por completo.
—¿De qué conoces a Marisa Aguado? —preguntó, con la vista clavada en la carretera.
—No recuerdo haberte dicho su apellido… —respondió Alexi, desconcertada.
—No hace falta. La conozco —admitió él con una serenidad que la inquietó—. ¿De qué sois amigas?
—De la residencia. Es mi único apoyo allí. Es una chica triste, Eduardo, muy sola…
—No vive en el mismo mundo que tú, Alexi —la interrumpió. Su voz tenía una gravedad que le heló la sangre—. Supongo que no te habrá contado los detalles de su vida "profesional".
—¿A qué te refieres? ¿Fuisteis algo?
—Jamás. Pero en los eventos inmobiliarios y las fiestas de empresa se ve de todo. Marisa siempre acompaña a su jefe: un tipo turbio, un inversor extranjero sin escrúpulos, con la familia en otro país, mientras ella le hace de fachada aquí, en Madrid.
—Pero… ella es solo su secretaria… —intentó defenderla Alexi, aunque la imagen de la mirada triste de Marisa le atravesó la memoria.
—Alexi, por favor. No seas ingenua. Te pido que mantengas las distancias. Ella sabe perfectamente quién es y por eso no quiere que te vean con ella en público. Probablemente le quede algo de decencia y no quiera que te confundan.
A Alexi le dolió el alma. Pensó en la generosidad de Marisa, en su empeño por ayudarla, incluso en el intento de conseguirle trabajo. Apretó la mano de Eduardo sobre la palanca de cambios.
—Ahora entiendo por qué siempre me pone excusas para no salir a tomar café —susurró—. Me da muchísima pena, Eduardo. El mundo está mucho más podrido de lo que imaginaba.
—Lo está —concluyó él, girando hacia el barrio del Viso—. Por eso tú eres como una perla en un lodazal. No dejes que nadie te ensucie.

Lo que Alexi no fue capaz de confesarle en ese momento fue que Marisa había estado a punto de introducirla en ese mismo mundo, ofreciéndole un puesto en su oficina. Guardó silencio mientras el coche avanzaba por las calles arboladas donde la esperaban los tres hijos, listos para su particular juicio final.

VII

La entrada en el chalé fue, al menos al principio, un alivio. La primera en aparecer fue Irene. Era exactamente como Eduardo la había descrito: una mujer sólida, de presencia serena, con unos ojos brillantes que recorrieron a Alexi de arriba abajo con una mezcla honesta de sorpresa e ilusión.

—Es usted mucho más guapa de lo que decía el señor, señorita Alexi —murmuró, casi en confidencia—. No tenga miedo. Se le nota en la cara que es buena gente, y eso, al final, les llegará. Ahora están en plan rebelde, pero es lo normal. Son hijos. Ya verá cómo se les pasa.

Paulina asintió con la misma complicidad silenciosa. Alexi no pudo evitarlo: besó a las dos. Desde unos pasos más atrás, Eduardo observaba la escena con una sonrisa ligeramente burlona, escondiendo tras esa ironía una ternura que no quería dejar escapar.

Minutos después, la llevó de la mano a recorrer la casa. Aquello no era solo un hogar; era una declaración de intenciones. Un diseño de autor, elegante y minimalista, pensado al milímetro, que confirmaba el gusto exquisito de Eduardo.

—Mi despacho… la zona de estudio de los chicos… —iba señalando —. Y esta será nuestra habitación cuando volvamos del viaje.

Lo decía con una naturalidad que a Alexi le encendía la sangre. Subieron a la azotea, un espacio abierto desde el que se dominaba toda la colonia de chalés de lujo, con avenidas amplias y arboladas. El sol de diciembre, ya más alto, bañaba las fachadas blancas del entorno. Eduardo la rodeó por los hombros y se inclinó hacia su cuello.

—Hueles increíble.

—Cállate —susurró ella, aunque por dentro se derretía.

—Me gusta decírtelo. Y sé que a ti te gusta oírlo.

Alexi se rió. Tenía razón. Pero entonces notó cómo el cuerpo de Eduardo se tensaba.

—Mira —dijo él, señalando hacia abajo—. Ahí vienen.
Normalmente habrían llegado discutiendo a gritos sobre fútbol o política, pero aquella vez caminaban en un silencio sepulcral, con la cabeza baja, como un pelotón derrotado. Eduardo la condujo hacia la terraza principal. Estaba nervioso, casi febril. Por un segundo, Alexi se preguntó si no estaba cometiendo una locura. ¿De verdad merecía la pena poner en riesgo su felicidad por la resistencia de tres adolescentes al borde de la adultez?
—¡Chicos! —exclamó Eduardo con una alegría ligeramente forzada cuando entraron en el jardín—. Venid un momento. Tengo una sorpresa para vosotros.
Se detuvieron en seco. Miraron a sus padres, se miraron entre ellos y reanudaron el paso con una lentitud exasperante. Al llegar a la terraza, se quedaron allí plantados: tres figuras erguidas, cerradas en banda. No había odio en sus miradas, pero sí un vacío helado. Habían elegido el arma más cruel: la indiferencia.
Eduardo, sin vacilar, tomó a su hija por los hombros.
—Alexi, esta es Andrea.
—¿Cómo estás, Andrea? —preguntó Alexi, procurando sonar natural.
—Bien. ¿Y usted?
—Puedes tutearla —intervino Eduardo.
Andrea no se movió. Alexi se acercó y le dio un beso en la frente. De cerca era imponente: la misma mirada rasgada de su padre, una personalidad que se percibía a kilómetros. Andrea no respondió. Dio un paso atrás. Eduardo entonces posó la mano sobre el hombro de Augusto.
—Y este es Augusto. Futuro ingeniero naval.
—¿Cómo estás, Augusto?
—Bien, ¿y tú?
Eduardo y Alexi cruzaron una mirada rápida. Augusto acababa de marcar territorio. Su tuteo, tranquilo y sin dramatismo, revelaba que era el más pragmático de los tres. No declararía la guerra, pero tampoco regalaría afecto. Aun así, aquel "tú" le provocó a Alexi un nudo inesperado en la garganta.
—Eloy, te toca —anunció Eduardo.

El aspirante a diplomático dio un paso al frente y, para sorpresa de Alexi, fue él quien la besó en la mejilla con una soltura casi profesional.
—¿Qué tal, Alexi? Papá ya nos ha dado el titular del mes. ¿Nos has analizado bien? Somos tres adultos con criterio propio.
—Os he mirado —respondió ella, devolviéndole el golpe con elegancia—. Y no me asustáis.
—No nos hace ninguna gracia que papá se case —dijo Eloy, encogiéndose de hombros—, pero como le conocemos, sabemos que lo hará de todos modos. ¿Verdad, hermanos?
Andrea y Augusto parpadearon en silencio. Eloy se rió, con esa risa idéntica a la de su padre.
—Lo entiendo —intervino Alexi antes de que pudiera lanzar otra pulla—. Sé que parezco una intrusa, pero me gustaría que fuéramos amigos. Si me facilitáis un poco el camino.
—Supongo —dijo Augusto con una lentitud calculada— que nuestra amistad es lo que menos te importa. Te casas con él, no con nosotros.
La falta de tacto le dolió, pero el valor le subió desde el estómago. Vio cómo Eduardo iba a intervenir, pero le apoyó una mano en el brazo para detenerlo. Aquella batalla le correspondía a ella.
—¿No te parece un poco impertinente, Augusto? —preguntó con una mordacidad contenida—. Para ser tan joven, eres demasiado cínico. Me caso con tu padre porque lo amo, y eso implica amar todo lo que él ama, incluidos vosotros. No tengo familia, Augusto. A partir de ahora, mi familia sois vosotros. Puede que no me necesitéis, pero yo a vosotros sí.
El silencio se apoderó del grupo. Los tres parecían ligeramente descolocados por su franqueza. Eduardo rompió la tensión rodeándola por la cintura, reclamando su lugar a su lado.
—Vamos a comer —decidió—. Augusto, dale el brazo a Alexi. Yo iré con Andrea. Eloy, abre paso.
Obedecieron. Entraron en el comedor como una procesión extraña, sostenida en un equilibrio frágil entre la guerra fría y una esperanza que, aunque tímida, seguía respirando.

No, no era nada fácil conquistarlos. Y, en realidad, Alexi comprendió pronto que tampoco debía planteárselo como una conquista. Aquello solo podía lograrse con paciencia, día tras día, enfrentándose a la resistencia silenciosa pero firme que los tres le oponían como un muro invisible.

Estaban de acuerdo entre ellos. Funcionaban como un bloque compacto, un baluarte difícil de atravesar.

Eduardo habló largo rato con ella aquella tarde. La acariciaba mientras hablaba, mezclando palabras con gestos, ternura con convicción. Le dejó claro, en más de una ocasión, que no debía tomarse aquella distancia como algo personal. Conocía a sus hijos mejor que nadie y estaba convencido de que, con el tiempo, acabarían cediendo, uno tras otro.

Alexi no se lo dijo, pero en su interior no compartía ese optimismo. No eran chicos corrientes. Estaban a punto de convertirse en adultos con formación, con ideas sólidas sobre la vida, el amor y el matrimonio. Cada uno tenía un criterio definido, y ella sospechaba que quizá nunca llegaría a ganárselos del todo.

Durante la comida se mostraron reservados, escasos de palabras. Andrea fue la que peor disimuló su rechazo: se encerró en un silencio hostil, casi ofensivo. Augusto supo camuflar mejor su distancia. Eloy, en cambio, ni siquiera lo intentó.

Al anochecer, se despidieron en la terraza. Los tres, alineados frente a ella, la observaron sin expresión. Alexi esperó a que fueran ellos quienes iniciaran la despedida. No ocurrió. Intentó romper el hielo comentando algo trivial sobre el tiempo, pero fracasó de nuevo: los tres se limitaron a encogerse de hombros.

—¿No la besáis? —preguntó Eduardo con una naturalidad difícil de interpretar, sin saber si era genuina o forzada.

Uno a uno se inclinaron hacia Alexi y la besaron con corrección, sin afecto.

Ya en el coche, de regreso a la residencia, Alexi rompió el silencio.

—Tengo la sensación de que no habrá forma de llegar a ellos.

—Te vas a casar conmigo, no con mis hijos.

—Pero quiero ser feliz, y no creo que pueda serlo teniendo a tres enemigos a mi lado.

—Mis hijos no pueden ser tus enemigos —replicó Eduardo con firmeza—. Puede que no sean amigos, pero enemigos, no.
—¿Y te parece poco?
—Escúchame, Alexi. Ellos viven su vida, tienen su libertad. Nunca he sido un padre anticuado. No tuve hijos para mi felicidad, sino para la suya, y siempre he intentado contribuir a ella. No les impongo que te quieran. Ese amor es mío. Solo quiero que te respeten, que te vean como alguien importante para mí. Y eso ya lo hacen. He respetado su postura, ¿lo has notado? No quieren quererte: de acuerdo. Que te acepten con indiferencia es suficiente. No busco una madre para mis hijos; busco una mujer para mí. Voy a empezar una nueva vida, y ellos harán lo mismo cuando llegue su momento. ¿Me entiendes?
—Creo que sí —respondió ella, aunque no del todo convencida.
Eduardo detuvo el coche frente a la residencia. Eran casi las diez de la noche.
—En unos días, cinco como mucho, nos casaremos. Si te parece bien, mañana te acompañaré a casa de tu tía.
—¿A casa de mi tía? ¿Para qué?
—Es tu única familia. Si quiere apadrinar nuestra boda, no me opondré.
—Tú no conoces a mi tía —dijo Alexi ya dentro del ascensor—. No esperes que te venda el solar ni que apadrine nada. Tendría que gastar dinero y no está dispuesta. Además, se puso furiosa cuando supo que me casaba contigo.
Eduardo apenas la escuchaba. Estaba demasiado cerca. Tanto, que Alexi sentía su cuerpo como una quemadura deliciosa. Él la apretó contra sí, despacio, con una intensidad que le borró cualquier pensamiento. Cuando sus labios encontraron los de ella, todo lo demás dejó de existir: los hijos, la tía Elisa, incluso el ascensor.
Impulsada por una fuerza interior imposible de contener, Alexi alzó los brazos y le rodeó el cuello. Suspiró. Eduardo reaccionó como si le hubieran encendido mil chispas bajo la piel. La estrechó contra él con una pasión casi desbordada, y ambos habrían perdido el sentido si, en ese preciso instante, el ascensor no se hubiera detenido.

La tía de Alexi, como era de esperar, se negó a ejercer de madrina. Alegó sus razones, todas conocidas de antemano. Primero el vestido, luego los zapatos. Alexi insistió en que ella misma se los compraría, pero su tía pensó más allá: en los hipotéticos hijos que pudieran tener, en el primero al que habría que apadrinar… y, como remate final, en el solar.

—¿Qué ha pasado con él? —preguntó furiosa, encarando a Eduardo —. ¿Ya no lo compran ustedes?

—No, señora. Hemos comprado en otro lugar.

El rostro de la mujer se congestionó al instante. Avara y mezquina, se volvió contra su sobrina.

—Tú tienes la culpa. Tú. ¿Quién te mandó enredarte con este hombre? Llevaban más de un año detrás de mi solar y, de pronto, compran otro. Pues si piensas que vas a heredar algo… —Luego miró a Eduardo con desconfianza—. Y si usted se casa con ella pensando en mi dinero, pierde el tiempo. No le dejaré ni un céntimo.

Siguió hablando, acumulando reproches y amenazas. Eduardo y Alexi se miraron y sonrieron con una mezcla de resignación y compasión. Ya en la calle, Eduardo le tomó los dedos y los apretó con intimidad.

—Encontrará pronto un comprador —dijo—. Y le pagará más de lo que nosotros ofrecíamos. Es un buen solar, pese a lo que te dije aquel día. Dentro de unos meses valdrá aún más. Pero nosotros no teníamos margen para pagar más.

Después se olvidaron del asunto. La boda sería una semana más tarde y tenían demasiadas cosas en la cabeza. Querían casarse temprano y marcharse de viaje casi de inmediato. No sería un viaje largo: quince días en la finca que Eduardo tenía en Extremadura y otros quince entre París y Londres.

Durante esos días, Alexi vio en varias ocasiones a sus futuros hijastros, pero no avanzó nada con ellos. Se mantenían firmes en una reserva absoluta, como si los tres hubieran pactado resistir cualquier intento de cercanía.

La víspera de la boda, Eduardo se quedó con ella hasta las once de la noche.

La observaba con insistencia. Alexi había llegado a quererlo tanto que ese amor comenzaba a darle miedo. No un miedo material, sino algo más profundo: el temor a perderlo por dentro. ¿Y si los hijos se convertían en una barrera imposible? ¿Y si algún día lograban convencerlo de que ella era una intrusa en su propia casa?
—¿Qué te pasa? —preguntó él.
Estaban sentados en el recibidor de la residencia, en un diván frente a la chimenea. Eduardo la tenía casi fundida contra su cuerpo. Alexi lo miró largamente. Él se inclinó y rozó sus labios con los de ella.
—Dime, ¿qué te pasa?
—Tengo miedo.
—¿Miedo? —la estrechó aún más—. Tontita…
La besó despacio, con esa forma suya que la desarmaba, que le robaba la calma y cualquier resto de defensa.
Impulsiva, Alexi se apretó contra él. Sintió sus manos recorriéndola con caricias contenidas, sofocadas, y al mismo tiempo la necesidad casi dolorosa de que no se detuvieran.
—Eres como una gatita —susurró Eduardo, besándole el cuello—. Mañana… ¿sabes lo que va a significar para los dos soltar todo esto que llevamos conteniendo? ¿Te lo imaginas?
Sí, se lo imaginaba. Y eso la turbaba aún más. Eduardo la encendía, la descolocaba, despertaba algo profundo que había permanecido dormido durante demasiado tiempo.
Mañana, pensó. *Mañana seré su mujer.*
—Estás temblando —murmuró él—. ¿Qué te pasa?
Alexi no se atrevió a confesarle que habría querido empujar las horas que faltaban, acelerar el tiempo. En ese instante no pensó en los tres hijos de Eduardo. En realidad, no pensó en nada más que en él.

Se casaron a la mañana siguiente. La boda pasó casi inadvertida. A su lado estaban los tres hijos de Eduardo: Augusto, con su gravedad habitual; Eloy, ceñudo; y Andrea, mayestática e impasible, como si asistiera a un acto ajeno.

Desayunaron juntos en un restaurante. A las diez los dejaron en casa. Era domingo y no tenían clase. Augusto comentó que había quedado con unos amigos en un club. Andrea dijo que tenía que preparar unas lecciones de Física para el día siguiente y que pasaría el domingo estudiando. Eloy no dio explicaciones. Nada más bajar del coche, se perdió por el jardín sin despedirse. Eduardo no intentó detenerlos.

Después emprendieron el viaje de bodas.

Llegaron a la finca ya entrada la tarde. El frío era intenso; una helada temprana caía sobre la tierra. El mayoral, que parecía estar al tanto del enlace, salió a recibirlos. Era un hombre mayor, afable y campechano. Saludó a Alexi con una reverencia respetuosa y comenzó a hablarles de la finca, de los criados, de las cosechas.

Más tarde conocieron a la mayorala y a varios empleados que los saludaron con el mismo respeto. La mujer la miró con aprobación.

—Ha tenido usted muy buen gusto, señor. Su esposa es muy bonita.

Alexi se ruborizó, sorprendida por la naturalidad del comentario.

Les sirvieron una merienda-cena excelente. Ella se sentía algo cohibida. Aquello no era una finca de recreo, sino una explotación próspera: trigo, maíz, centeno, ganado, olivares. No había imaginado que Eduardo fuera tan rico. Él debió notarlo en su expresión, porque sonrió.

—Si hace diecisiete años me hubieran asegurado una renta modesta, habría sido un hombre feliz —le dijo—. Habría estudiado sin penurias… pero no fue así. Recuerdo que contraté a Paulina cuando me quedé solo y tardé más de seis meses en poder pagarle. Luego todo cambió. Hoy tengo una renta tan alta que prefiero no pensar demasiado en ella.

Extendió la mano sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de Alexi.

—No tiene importancia el dinero, ni la hostilidad de mis hijos. Olvídate de eso.

—Te aseguro que…

—No me asegures nada —sonrió con dulzura—. Te conozco lo suficiente para saber que eso te preocupa. Ellos harán su vida. Te lo he dicho. Les doy libertad. No quiero forzar su entrada en tu mundo

afectivo. Si algún día entran, será porque sepan valorar quién eres. Tal vez no lo entiendan hasta que sean hombres de verdad. No basta con ser adulto para ser persona.
Alexi agradeció que cambiara de tema. La cena había terminado. Los criados se retiraban. Eran las once de la noche. Y ella lo sabía: se acercaba un momento decisivo.
Eduardo se levantó y se acercó a ella. Le tomó la mano y la ayudó a ponerse en pie. Alexi temblaba, y le molestó hacerlo, como si fuera una niña. Él sonrió y la rodeó con un brazo.
—Vamos —susurró—. Vamos, querida.
A mitad de la escalera volvió a inclinarse hacia ella.
—Eres tan frágil, tan espiritual, que me desarma solo pensar que eres mía.
Alexi también estaba alterada. Cada roce de su mano en la cintura le provocaba un cosquilleo intenso, como si pequeñas luces se encendieran bajo su piel.
—¿Tienes frío?
—No —balbuceó—. No…
—Estás temblando.
—Es que…
—Ya lo sé —susurró—. Ya lo sé…
Ella lo miró, palpitante. Eduardo empujó la puerta del dormitorio y la cerró tras ellos. La habitación estaba a oscuras. Él la buscó entre las sombras. Alexi avanzó hacia él, sorprendida por su propia audacia, aunque seguía temblando.
—Ven —dijo en voz muy baja.
La atrajo contra su cuerpo. La besó despacio, sin prisa, despertando sensaciones nuevas, intensas. Sus labios recorrieron su cuello, su rostro, su boca, con una lentitud que parecía deliberada. Eduardo reía en voz baja, como disfrutando de su inquietud, y ella notó que él también comenzaba a temblar.
—Voy a encender la luz —murmuró.
—No —pidió ella, casi sin voz—. Déjala así.
—¿Así?
—Sí.

Las voces se mezclaron en la penumbra. Eduardo la guió con suavidad, manteniéndola cerca. Alexi sintió cómo le quitaba los zapatos, luego las medias, y una extraña laxitud la invadió.
—Yo puedo… —susurró ella, estremecida.
Eduardo volvió a reír, con ternura. Alexi pensó que nunca había amado así. Que perderlo en ese instante habría sido insoportable.
Pero no lo perdió. Lo sintió allí, junto a ella, besándola de nuevo. Se apretó contra su cuerpo.
—¿Seguro que no quieres luz?
—No —musitó—. No.
Y en la oscuridad, todo lo demás dejó de existir.

IIX

Alexi nunca olvidaría aquellos quince días. Vivía suspendida en una especie de irrealidad luminosa, como si el mundo hubiera perdido peso. A veces recordaba a la chica que había sido años atrás, cuando aún estudiaba Bachillerato y escuchaba a sus amigas hablar de novios con una mezcla de curiosidad y escepticismo. Entonces pensaba que el amor era algo liviano, casi anecdótico. Nunca imaginó que pudiera ser así: absoluto, invasivo, capaz de ocuparlo todo.

Y, de una manera que la desconcertaba, cuanto más pasaba el tiempo y más se entregaba a él, más respeto le inspiraba Eduardo. No podía evitarlo. Junto a él sentía una emoción intensa, casi vertiginosa, y al mismo tiempo una timidez que la desarmaba. Su presencia la estremecía.

Él se reía. Alexi había llegado a adorar esa forma suya de reír, baja, íntima, provocadora, como si la tocara sin usar las manos.

—Si serás tonta —le decía.

Y ella se sonrojaba sin remedio.

—Parece que nos hayamos casado ayer.

—Solo han pasado quince días.

—Quince días maravillosos. ¿Sabes una cosa, Alexi?

Aquella conversación tuvo lugar en el prado, tumbados sobre la hierba, ocultos tras la valla que los separaba del resto del mundo. Ella estaba recostada sobre su brazo, mirando el cielo. Eduardo se inclinaba sobre ella, su cuerpo cubriéndola a medias, las manos moviéndose con una seguridad experta bajo la ropa de invierno que los protegía del frío… y que, al mismo tiempo, hacía cada caricia más lenta, más intencionada.

—¿Lo sabes? —insistió él.

—No —respondió ella, parpadeando.

—Que cada día encuentro un motivo nuevo para quererte. Eres suave… felina —dijo, riendo—. Muy gatuna.
—No digas eso.
—¿No lo eres?
—No lo sé.
—Lo eres. Y me gusta. Los hombres somos complicados —continuó, con voz tranquila—. Necesitamos muchas cosas en una sola mujer. Compañía, cuidado, deseo, complicidad. ¿Quieres que te diga cómo encajas tú en cada una?
Entre ellos no había reservas. A veces su unión era casi espiritual; otras, descaradamente física. Pero siempre plena. Alexi era feliz de cualquier forma que se manifestara, siempre que fuera con él.
—¿Quieres que te lo diga? —repitió.
—No.
—¿Por qué?
Sus labios rozaban los de ella al hablar. No era un beso, pero casi dolía como si lo fuera.
—¿Por qué? —insistió.
Alexi se estremeció al sentirlo tan cerca.
—Me gusta tu timidez —murmuró él.
—¿De verdad lo soy?
Eduardo volvió a reír. Sus manos se posaron en su pecho, firmes, conscientes. Alexi contuvo el aliento, como siempre le ocurría cuando él la tocaba así.
—Lo eres.
—No siempre.
—Ahora sí. ¿Sabes cuándo no lo eres?
—No.
—Cuando no hay luz.
—Eduardo…
—Alexi… ¿no quieres que te lo diga?
Un ruido de pasos se oyó al otro lado de la valla. Alexi intentó incorporarse, pero él la sujetó con suavidad, manteniéndola contra su cuerpo.
—Me gusta tenerte así. No te muevas.
—Nos van a ver.

—¿Y qué? —susurró—. Somos marido y mujer.
Anochecía. El rocío comenzaba a caer y ella sintió la humedad en el cabello, el contraste frío sobre la piel caliente. Finalmente, Eduardo la ayudó a levantarse y la atrajo contra él, rodeándole la cintura con posesión tranquila.
Así transcurrían los días. Al siguiente viajarían a París.
Esa misma noche, mientras la estrechaba entre las sábanas, Eduardo habló de nuevo:
—Me gustaría tener hijos tuyos, Alexi.
—Los… los tendremos —respondió ella, con la voz traicionándola.
—Te tiembla la voz —sonrió—. Te encanta que te provoque.
—Eres imposible. Disfrutas viéndome ruborizar.
La miró con detenimiento. En efecto, tenía las mejillas encendidas.
—Eres adorable —dijo—. Somos el uno del otro sin reservas, y sigues siendo tímida. Pero me gusta. Pensar que fui yo quien te enseñó a amar… —su voz se volvió más grave— me vuelve loco.
La bata yacía a los pies de la cama. Él la miró y sonrió.
—¿Quieres ponértela?
—Apaga la luz.
—¿Quieres?
El calor recorría su cuerpo desnudo. Eduardo volvió a reír, con esa risa que mezclaba ternura y deseo.
—Sí —respondió ella, fingiendo enfado.
Él la atrajo contra sí, burlón y apasionado al mismo tiempo.
—Pues no —susurró—. No.
Alexi rió. Lo amaba con una intensidad que a veces le parecía irreal. Le resultaba imposible creer que aquella felicidad —tan viva, tan carnal, tan profunda— le hubiera sido concedida a ella.

En París, Eduardo la llevó a cabarets ocultos tras luces rojas y risas densas, lugares donde la noche parecía no terminar nunca. Le compró ropa, un equipo completo que la hizo sentirse distinta, más mujer, más segura de su propio cuerpo. La mimó sin descanso y la amó con una entrega feroz, casi voraz. Alexi lo adoraba. Nunca

habría imaginado que la felicidad pudiera tener esa forma: tan plena, tan constante, tan abrumadora.
Regresaron a Madrid el veintitrés de diciembre. No pudieron alargar el viaje más de veinte días. Londres quedó descartado. Con la Navidad tan cerca, Alexi insistió en volver junto a los hijos de Eduardo. Él no mostraba especial entusiasmo, pero acabó cediendo.
—Es la primera vez que pasas las Navidades lejos de ellos —le dijo ella—. No puedo permitirlo.
—Eres mi mujer —respondió él—. Estoy contigo.
—Pero ellos son tus hijos.
Eduardo la miró largo rato, como si intentara leerla por dentro.
—¿Por qué eres así? —murmuró—. Vas a sufrir con ellos. Eres demasiado sensible. Te harán daño.
Alexi lo sabía. Sabía que tendría que renunciar a sus días de intimidad absoluta, a esa burbuja que habían creado juntos, para compartir el espacio con tres jóvenes que no la querían allí. Aun así, insistió. Para ella era una cuestión de deber. Siempre lo había sido.
Por eso regresaron en Nochebuena.
Antes de terminar el viaje, Eduardo le pidió algo inesperado.
—Déjame escribir algo en tu diario.
—Oh, no…
—¿Por qué no? —sonrió—. Comparto tu vida, tu cama, tu amor… ¿por qué no también tu diario?
Ella se lo entregó a regañadientes. Él leyó algunas páginas antes de escribir. Luego alzó la vista y la miró con intensidad.
—¿Te altero tanto? —preguntó.
—Por favor… —Alexi se ruborizó—. Escribe. No leas.
—¿Disfrutas así conmigo?
—¿De verdad necesitas preguntarlo?
Eduardo la atrajo hacia él y la besó una y otra vez, sin prisa, como si el tiempo se hubiera detenido dentro de aquella habitación de hotel. Iban a salir en media hora, pero aun así la levantó en brazos, la envolvió con su cuerpo y le susurró, muy cerca del oído:
—Quiero sentir tu placer otra vez.
Más tarde, ya en el avión, Alexi abrió el diario y leyó lo que él había escrito.

Eduardo dejó constancia de todo aquello en el diario de Alexi. Sus palabras no eran un alarde, sino una confesión sincera, casi reverente.

Nunca imaginó que, después de tantos años de soledad, pudiera encontrar a una mujer como ella. Alexi le parecía fina, delicada, profundamente apasionada, y al mismo tiempo maravillosamente tímida. Le había resultado fácil guiarla en el territorio del deseo, no porque ella fuera ignorante, sino porque confiaba. Su rubor, su forma de entregarse con pudor y abandono a la vez, lo habían encendido más que cualquier mujer segura y sin reservas que hubiera conocido antes. Estaba acostumbrado a cuerpos disponibles; Alexi, en cambio, se ofrecía con una mezcla de vergüenza y entrega absoluta que lo desarmaba.

La contemplaba ahora, tendida sobre la cama, desnuda, apenas cubierta por una manta. Su cuerpo descansaba en una languidez serena, satisfecha. Ella le sonreía con esa expresión tan suya, profunda, luminosa, como si la ternura brotara de su piel. Eduardo se preguntaba cómo era posible que aquella mujer, tan espiritual, tan suave, pudiera ser al mismo tiempo puro fuego.

Después de amarse, Alexi solía volverse tímida de nuevo. Sus dedos claros se posaban en su mejilla, casi con pudor, y con esa boca dulce que parecía hecha para murmurar confidencias, le decía que era demasiado intenso, que cuando deseaba algo arrastraba consigo a quien tuviera cerca. Eduardo reía. A ella le encantaba su risa; decía que estaba llena de ternura. Tal vez fuera cierto. Lo que sí sabía era que la adoraba, y que ya no concebía la vida sin ella.

Su primer matrimonio había sido una obligación moral. Su juventud, una rutina inconsciente. Aquello era distinto. Aquello lo ocupaba todo. Lo llenaba por completo.

Algún día —pensaba— volvería a escribir en aquel diario. Algún día leería cada una de las palabras de Alexi. Algún día ella le diría que iban a tener hijos, y entonces le pediría que escribiera el final de aquella historia en su propia boca. El final de un cuento extraordinario.

Llegaron a Madrid a las nueve de la noche.

Alexi, con la sensibilidad siempre alerta, fue la primera en hablar.

—Tenemos que llevar algo, Eduardo. Quizá los chicos no hayan preparado nada.
—Claro —asintió él—. Compremos lo necesario.
Madrid brillaba como una ciudad en llamas suaves. Las luces de Navidad encendían las calles y la gente iba y venía entre escaparates aún abiertos. Compraron de todo: turrones, champán, confituras, pequeños adornos navideños. Llenaron el coche hasta arriba. Haberlo dejado en el aeropuerto había sido un acierto.
—Otra mujer no habría querido volver hoy —comentó Eduardo mientras conducía hacia la Colonia del Viso.
—Habría sido cruel dejarlos solos —respondió Alexi.
—Tú estabas conmigo.
Ella se aferró a su brazo, apoyó el rostro contra él.
—Aunque estuvieras a mi lado, hoy habrías pensado en ellos.
Eduardo agradeció aquella comprensión más de lo que dijo.
—Te amo —susurró ella—. Y todo lo que tú amas, también lo amo yo.
—Puede que ellos no te entiendan.
—Lo harán. No quiero nada para mí sola. Te amo, pero también hay lugar para ellos.
Ya se veía la casa. Había luz en la salita. Alexi los imaginó allí, callados, quizá dolidos, pensando que por primera vez su padre no regresaría en Nochebuena.
—Procura no hacer ruido —le pidió—. Aparca cerca del garaje. Entremos de golpe.
Así lo hicieron. Irene apareció con algo en la mano y se quedó paralizada al verlos. La emoción se reflejó en su rostro. Alexi le pidió silencio con un gesto.
—¿Dónde están? —preguntó Eduardo en voz baja.
Irene señaló la salita.
—Están tristes —susurró—. Creo que esperaban verlos llegar hoy. Ya han perdido la esperanza.
—¿No han preparado nada especial?
—Andrea dijo que no estaban de humor para celebraciones.
—¿Recibieron nuestras tarjetas?
Irene dudó. Miró a Alexi con una mezcla de pudor y disculpa.

—Creo que ni siquiera las leyeron.
Alexi sintió un nudo en el pecho. Eduardo la rodeó con un brazo.
—Y tú renunciaste a una Nochebuena en París por ellos…
—No me pesa —respondió ella, aunque la voz le tembló—. De verdad que no.
Eduardo tomó una decisión inmediata.
—Irene, dile a Paulina que te ayude. Sacad todo del coche. Vamos a darles una sorpresa.
El comedor se transformó en media hora. Nadie parecía tener hambre, pero la mesa quedó espléndida: salmón, pavo trufado, fiambres, dulces, champán. Adornos colgaban de la lámpara. Junto a cada plato, un regalo traído de París.
Alexi recordaba vagamente su abrigo de visón colgado sin cuidado, el gabán de Eduardo tirado en el suelo. No importaba nada salvo aquel intento desesperado y sincero de tender un puente.
Si aquella sorpresa no lograba derribar el muro que los separaba, no sabía qué más podía hacer.
Ahí cerró el diario. Lo demás —pensó— tendría que contarlo después, cuando pudiera escribir sobre lo que aquella noche despertó en los hijos de su marido.

IX

Andrea fue la única que leyó todas las tarjetas.
Las quince.
Sus hermanos siempre aseguraron que no. Ella sí lo hizo. A escondidas, casi con culpa, como si estuviera robando algo que no le pertenecía. Pero necesitaba saber. Necesitaba entender qué estaba pasando entre su padre y aquella mujer que ahora llevaba su apellido.
Aquella tarde hablaron los tres. Eloy estaba furioso. No admitía a la esposa de su padre bajo ningún concepto. Andrea tampoco la aceptaba —al menos eso creía entonces—, ni estaba segura de que Augusto lo hiciera, aunque él prefería callar. Eloy no sabía hacerlo. Nunca lo había sabido. Andrea estaba convencida de que jamás sería diplomático; acabaría siendo abogado, como había dicho más de una vez, y probablemente encajaría bien en esa profesión.
Andrea sabía cosas de sus hermanos. Cosas que no decía. Eloy tenía una especie de novia, Marta, con la que salía con frecuencia. Su padre era portero. Andrea sabía que aquello, si Eduardo llegaba a enterarse, no le sentaría nada bien. Pero no pensaba decírselo. Augusto también tenía algo, aunque ella no logró averiguar con quién. Sólo sabía que era una chica que preparaba selectividad y que, según decían sus amigas, era mayor que él.
Los quería. Quizá más que nunca. Porque sentía que habían perdido a su padre.
Habían hablado de hacer algo especial aquella noche. Augusto lo propuso. Eloy y Andrea se negaron. Ni siquiera compraron turrón. A Andrea se le habría atragantado. Era la primera Nochebuena sin su padre, y pensar que todo había ocurrido por culpa de ella… de Alexi.
La detestaba. Estaba segura de que jamás podría quererla.
Y, sin embargo, cuando los tres estaban en la salita, callados, heridos, fingiendo interés por el televisor, la puerta se abrió.
Y aparecieron ellos.

Andrea sintió una sacudida tan fuerte que no lo pensó. Corrió hacia su padre como una niña pequeña. Después, sin saber muy bien cómo ni por qué, besó a Alexi.
Era preciosa. Eso no podía negarlo. Ahora entendía por qué su padre se había enamorado hasta el punto de imponerles una madre.
Eloy y Augusto estaban tan sorprendidos como ella. Andrea se preguntó si había sido Eduardo quien insistió en volver aquella noche. Dudaba que una mujer joven, enamorada y feliz, prefiriera pasar la Nochebuena con los hijos de su marido en lugar de quedarse sola con él en París.
No quiso juzgarla en ese momento. La emoción la desbordaba. Eduardo la abrazó con fuerza, la besó una y otra vez. Andrea lloró sin poder evitarlo. Se sintió ridícula, pero no le importó. Cuando pasó de los brazos de su padre a los de Alexi, ella la estrechó con un gesto protector.
Y entonces ocurrió algo inesperado.
Andrea vio lágrimas en los ojos de Alexi.
Eso la desarmó.
—Querida… —le dijo—. Querida Andrea.
¿Era posible que aquella mujer la quisiera?
Andrea siempre había echado de menos una madre. Todas sus amigas tenían una. Imaginaba lo que sería colgarse de su brazo, salir de compras, contarle sus cosas sin miedo a las burlas. Porque Andrea tenía cosas que contar, muchas, y sabía que ni Eloy ni Augusto la escucharían sin reírse.
Aquella noche, por un instante, se permitió imaginar que Alexi podía ocupar ese lugar. Que podría ser su madre. O, al menos, algo parecido.
—Has adelgazado —dijo su padre, dándole una palmada cariñosa—. Ahora ya estamos aquí para siempre. Alexi será tu amiga. ¿Verdad, nena?
Andrea dudó. Era la esposa de él. La mujer que se lo había llevado. Aun así, asintió.
Alexi la miraba con atención. Andrea se dio cuenta de que ya no le costaba pronunciar su nombre. Antes siempre la llamaban “ella”. Eloy y Augusto permanecían de pie, indecisos.

—¿No nos esperabais hoy? —preguntó Alexi con naturalidad.
—No —respondió Andrea.
—Debíais saber que en una noche así no podíamos estar lejos de vosotros.
Andrea notó cómo sus hermanos se miraban. No parecían creerla. Ella, en cambio, quería hacerlo. Todo era tan bonito… además, tenía hambre. Mucha.
—Vamos —dijo Eduardo, visiblemente feliz, rejuvenecido—. ¿No os alegra que estemos aquí?
—Sí —dijo Andrea con sinceridad—. Mucho, papá.
—Gracias, hijita —murmuró Alexi cerca de ella.
Aquel "hijita" le llegó muy hondo. Volvió a llorar. Alexi la abrazó y le susurró:
—No llores. Hoy es una noche de alegría. Estamos juntos.
Andrea se sintió feliz. Profundamente feliz. No le importaba lo que dijera Eloy ni lo que pensara Augusto.
Alexi la tomó del brazo y los reunió a los tres.
—¿Y vosotros? ¿No tenéis nada que decir?
Andrea comprendió entonces que no fingía. Que aquella ternura era real.
Y en ese preciso instante empezó a quererla.
Después cerró el diario. No quería que nadie leyera aquello.

Eloy se sentó frente a la página, frustrado. No podía dejar de pensar que nadie entendía lo que él sentía. Siempre había sido impetuoso, y ahora más que nunca. Su temperamento lo dominaba, y aunque luchara por controlarlo, no podía. No se trataba de sí mismo esta vez, sino de lo que estaba ocurriendo en la casa: la llegada de su padre y de aquella mujer que se había instalado en su vida.
Marta rondaba su mente como un fantasma. No le importaba que su padre fuera portero, alcalde o millonario. Él amaba a Marta y, algún día, probablemente se casaría con ella. Pero ahora no podía pensar en eso. Su atención estaba centrada en Alexi, la mujer que había irrumpido en su familia, en su hogar, y que, de algún modo, empezaba a ocupar un espacio que él no estaba dispuesto a ceder.

Había leído las quince tarjetas que su padre le había enviado desde Extremadura y París. Él entendía los sentimientos de su padre y lo admiraba, pero a ella no la aceptaba. Era la intrusa, la lista que había atrapado a su inocente padre. Eloy la clasificó mentalmente como otra "tía" más de mala calaña, aunque algo dentro de él empezó a cuestionar esa etiqueta.

Cuando finalmente apareció en el umbral de la casa, Eloy no pudo contener su ira. Andrea corrió hacia ellos, abrazando primero a su padre y después a Alexi, dejándose llevar por la emoción. Eloy, sin embargo, se mantuvo firme. Esta mujer se había casado con su padre y parecía decidida a imponerse en su vida. Su orgullo y su rabia burbujeaban, listos para estallar.

Pero entonces la vio de cerca. Su traje color nuez con finas rayas negras y sus zapatos negros de tacón le daban un porte elegante y seguro. Eloy no pudo evitar notar la esbeltez de su figura, la ternura que irradiaban sus ojos. Por primera vez se estremeció pensando en lo que sentiría su padre y en lo fácil que sería dejarse atrapar por ella.

Alexi se acercó con una sonrisa cálida y le habló:

—¿Cómo andas, Eloy?

Él no supo qué responder. Sus pies parecían flotar, incapaces de sostenerlo con firmeza.

—Bien —dijo, tratando de sonar indiferente—. ¿Y tú?

—¿No me das un beso? —preguntó ella, con esa naturalidad que lo desconcertaba.

Eloy titubeó. Nunca antes había besado a una mujer que no fuera familiar. Finalmente, se inclinó y le dio un beso en la mejilla, sintiendo una mezcla de orgullo y vulnerabilidad que lo dejó sin palabras. Alexi le tomó la mano con suavidad, y la calidez de su gesto lo dominó por completo.

—Estoy muy contenta de estar con vosotros —susurró, y su voz parecía acariciarlo, maternal y firme a la vez.

Eloy respondió con torpeza, intentando mostrarse fuerte:

—Estábamos solos —dijo, aunque sabía que la frase sonaba vacía.

Ella lo besó de nuevo, más cerca, más intensa. Eloy sintió una mezcla de confusión y deseo que no sabía cómo manejar. Por un

momento, anheló la ternura que nunca había tenido, una sensación de cuidado que le había faltado siempre.
—¿Vamos al comedor? —preguntó ella con naturalidad.
—No hay cena —respondió, encogiéndose de hombros.
—¿Que no? —rió su padre—. Lo vais a ver.
Y lo que descubrieron los tres los dejó boquiabiertos. Andrea tomó a Alexi del brazo y la besó, emocionada. Alexi la abrazó con fuerza y ambas lloraron. Eloy sintió un cóctel de rabia, celos y algo que no sabía identificar. Miró a Augusto, siempre frío y reservado, preguntándose si él también sentía algo parecido.
—Toma, Eloy —dijo su padre—. Límpiate los ojos.
Eloy apretó los dientes. Esa noche decidió que no escribiría más. Su frustración y confusión eran demasiado grandes para ser plasmadas en aquella cuartilla.

Augusto se sentó con la cabeza baja, reflexionando. Sabía que quizá sería él quien se presentara a las oposiciones de diplomático. La idea de estudiar ingeniería naval ya no le atraía, aunque aún no se lo había confesado a su padre. Recordaba aquella conversación de tiempo atrás, cuando su padre los llamó a él y a Eloy a su despacho. Los miró a ambos con firmeza y dijo que le gustaría que al menos uno de ellos fuera arquitecto y el otro aparejador, para facilitar el negocio familiar. Augusto y Eloy habían saltado indignados; Eloy quería ser diplomático, él ingeniero naval. Ahora, el tiempo había cambiado sus deseos, pero le molestaba que su padre pensara que carecía de criterio.
Había leído las quince tarjetas que su padre y Alexi habían enviado desde Extremadura y París. Mientras pensaba en ello, Augusto reflexionaba sobre sus propios sentimientos. No le molestaba el matrimonio de su padre; lo que le preocupaba era que Alexi, joven, hermosa y refinada, pudiera no ser lo que aparentaba. Sin embargo, al verla de cerca, comenzó a sentir una extraña simpatía por ella. Su belleza y la forma delicada en que se movía inspiraban respeto y algo más que simple admiración.

No sabía qué pensaba Eloy, quien siempre era un fanfarrón y hablaba constantemente de Marta. Augusto se dio cuenta de que su hermano apenas había tocado los regalos; sólo buscaba aparentar indiferencia. Augusto, en cambio, no pudo evitar que la emoción lo dominara. Aquella mujer estaba destinada a ocupar el lugar de madre en su vida y, al elegir pasar las Navidades con ellos, mostraba sinceridad y afecto. La comprendió, la admiró y, en lo más profundo de sí, la aceptó.

Cuando Alexi les indicó que se sentaran en el comedor, Augusto obedeció, cohibido y emocionado. La voz maternal de Alexi lo llegaba al corazón. Cada gesto suyo, cada palabra, irradiaba ternura y cercanía. Observó a su hermana Andrea y a Eloy mientras abrían los regalos. Andrea quedó deslumbrada con un collar de perlas, sus ojos brillaban de emoción mientras sostenía las manos de Alexi y le agradecía con lágrimas. Eloy, intentando cubrir su emoción, hacía ruido con su paquete, pero Augusto podía percibir la mezcla de sorpresa y afecto que también lo llenaba.

Cuando le entregaron los regalos, Augusto notó que no eran simples objetos: una pitillera de oro con monograma y un mechero a juego. Alexi les tomó las manos y, con voz baja, les dijo que aunque no fumaban, algún día podrían hacerlo. En ese instante, Augusto comprendió que aquello era más que un regalo; era un acto de integración y amor, un puente que unía corazones.

Augusto cerró la cuartilla. Sabía que expresar en palabras la profundidad de aquella noche era imposible. La emoción, la ternura y la admiración que sentía por Alexi eran demasiado personales, demasiado íntimas. No quería que nadie profanara ese santuario de sensibilidad humana que aquella familia empezaba a reconstruir.

X

El reloj dio las doce y todos se pusieron en pie. La emoción que llenaba la noche era indescriptible; mucho más intensa que la del día de su boda. Aquella era una celebración distinta, cargada de ternura y de descubrimiento mutuo.

Los cinco se acercaron a Alexi. Primero Andrea, quien la abrazó y, en voz baja, susurró: «Gracias, Alexi. Gracias por tu presencia, que parece llenarlo todo». La joven se sintió ganada. Tan intensa era su emoción que tuvo que asirse al brazo de Eduardo, quien estaba igualmente conmovido.

Eloy también se acercó y la besó, mirándola a los ojos con una mezcla de desafío y afecto. Se le escapó una humorada:

—Alexi —dijo—, te prometo que fumaré esta misma noche.

—¡Eloy! —exclamó severo su padre—.

Alexi rió entre lágrimas, consciente de la habitual rebeldía de sus hijos. Eduardo, dominando a duras penas su regocijo, intervino:

—Hay libertades y libertades —dijo—. En cuanto a fumar, lo prohibo terminantemente. En esta casa no empezaréis hasta después del servicio militar.

Augus se acercó también, en voz baja:

—Alexi, yo fumo ya, ¿sabes? Pero papá no lo sabe.

Aquella confianza silenciosa conmovió a Alexi más que cualquier gesto anterior de la noche. Le dio un leve golpecito en la espalda, con ternura:

—Pues no te conviene —susurró.

Más tarde, conectaron la radiogramola y todos bailaron juntos. Andrea lo hizo con su padre y luego con sus hermanos. Cuando le tocó a Alexi bailar con Eduardo, él la sostuvo con firmeza y cercanía.

—Eres bruja —susurró al oído—. Los has conquistado.

—Necesito algo más, Eduardo querido —musitó ella—. Necesito su total confianza. Esa se gana con tiempo, paciencia y cercanía.

—Lo conseguirás —afirmó él, apretándola contra sí—. Pero ahora, déjate llevar.
La timidez de Alexi permanecía, incluso con todos observándolos, y ella se sonrojó bajo la intensidad de su esposo. Eduardo la tomó de la mano y susurró:
—Voy a sentirme celoso. Necesito estar contigo a solas…
—Ellos también nos necesitan a los dos —respondió ella, con ternura.
Finalmente, se retiraron a las cuatro de la madrugada. Uno por uno, los chicos se acercaron a despedirse con besos y sonrisas, mostrando la creciente confianza que Alexi había conquistado durante la noche.
Cuando quedaron solos en la alcoba cálida e íntima, Alexi se sintió rendida. Eduardo la tomó en brazos, la sentó sobre sus rodillas y, en silencio, comenzó a quitarle la chaqueta.
—Deja —susurró ella, aturdida—. Yo lo haré.
Pero él la retuvo, desabrochando su blusa mientras sus palabras se mezclaban con sus gestos:
—Estarás rendida —murmuró sobre sus labios—. Rendida, amor mío.
Lo estaba. Con los brazos alrededor de su cuello, Alexi le devolvió el beso, largo y apasionado. Eduardo se dejó llevar por la intensidad del momento, y juntos permanecieron abrazados mientras el amanecer sorprendía la ventana, cubriendo la acacia del jardín con la primera nieve.

Al día siguiente de Navidad, Eduardo y Alexi fueron a ver a la tía Elisa. Al llegar, encontraron la casa llena de vecinos. Sorprendidos, preguntaron la causa de aquella invasión: la tía se hallaba en cama, muy enferma. Las vecinas, a pesar de no sentir simpatía por ella, se habían volcado en su cuidado, considerando probablemente un deber de conciencia atenderla.
Alexi comprendió de inmediato la gravedad de la situación. Los días de su tía estaban contados. Tras una breve conversación con Eduardo, decidieron trasladar a la enferma a su propia casa.

Eduardo llamó a un médico de inmediato. Las vecinas se dispersaron, y ellos quedaron solos en la alcoba de la tía Elisa, inclinándose hacia ella para tratar de que los reconociera. Era imposible. Si no se hallaba en estado de coma, no tardaría en estarlo, pues su extrema gravedad era evidente incluso para un ojo no experto.

Media hora después llegó el médico, amigo de Eduardo. La auscultación fue breve; el diagnóstico, claro.

—Es un ataque de hígado, un cólico fortísimo que temo no pueda resistir —dijo el doctor Ernesto Gil—. Esta mujer ha sufrido mucho en silencio y los dolores agudos la han retorcido más de una vez.

Alexi relató lo ocurrido meses antes, su alimentación indiscriminada y la falta de régimen, así como sus manías y su tacañería.

—Pues temo —comentó Ernesto— que se lo deje todo aquí. Mira de qué le sirvió privarse de lo indispensable.

Los gatos, hambrientos, aullaban alrededor de ellos hasta que Alexi los echó fuera. Dejaron a la tía inmóvil y pálida en la alcoba, y se reunieron en la salita para decidir los pasos a seguir.

—Alexi —dijo Eduardo— ha pensado en llevarla a casa.

—Será mejor que la internéis en un sanatorio. Habrá que operar de inmediato. Voy a llamar a una ambulancia. Que la lleven y la sometan a cirugía. De otra forma, no creo que haya mujer para mucho. Es nuestro deber hacer todo lo posible.

Decidieron internarla aquella misma tarde. Alexi llamó a casa para informar a Andrea:

—Están por operarla en media hora. Quizá podamos reunirnos con vosotros para tomar el café. No nos esperéis, querida. Dile a Eloy que no fume y a Augus que no tome demasiado café.

—Estás en todo —respondió Andrea.

—Es mi deber —musitó Alexi.

La operación se realizó al anochecer. Ernesto regresó después, no como cirujano sino como ayudante, con el semblante algo congestionado:

—La hemos cerrado de nuevo —susurró—. No hay nada que hacer. El cáncer la ha invadido totalmente.

Alexi no se sorprendió; lo esperaba desde que su tía había viajado con ella en el tren tras la muerte del padre.
—¿Vivirá mucho tiempo? —preguntó Eduardo.
Ernesto hizo un gesto vago.
—Puede que sí, o quizá no. Todo depende de su naturaleza, que parece agotada. Se ha cuidado muy mal. Hemos hecho lo que hemos podido.
Alexi y Eduardo permanecieron a velarla. Al día siguiente, Eduardo se marchó a la oficina sin haber dormido. Alexi lo acompañó hasta la puerta del sanatorio, oprimió su brazo con ternura y lo miró largamente.
—Estás cansado —susurró—. Me duele que te vayas a trabajar sin dormir.
—Es tu tía. Tenemos un deber moral, aunque no sientas gran afecto por ella. No te quedes sola. Llama a Andrea, o iré yo para que vele unas horas.
—Prefiero esperar —respondió Alexi—. Quiero estar a su lado cuando recobre el conocimiento.
Eduardo la miró largamente.
—Anda —dijo ella, ruborizada—. Vete ya…
Se inclinaron y sus bocas se encontraron, tras doce horas sin besarse. Ambos se sorprendieron de haber resistido tanto. Finalmente, Eduardo se arrancó de su lado, volviendo a mirarla desde mitad del jardín. Ella le dijo adiós con la mano, consciente de que era toda su vida y de que nunca había amado con tanta intensidad.
Regresó junto a la enferma. Un médico consultaba el gráfico colgado a los pies de la cama y, al verla, lo soltó para informarle:
—No hay grandes esperanzas.
—Lo sé —respondió Alexi.
—Se ha descuidado mucho.
—También lo sé —asintió.
—No obstante, pronto recobrará el sentido. Posiblemente sufrirá fuertes dolores; si es así, llame de inmediato.
—Lo haré.

A las once de la mañana llegó Andrea al sanatorio.
—Papá me dijo que estabas sola y que no habías dormido en toda la noche. Será mejor que vayas a descansar. Yo me quedaré a su lado.
Alexi la miró durante unos instantes sin responder. Andrea estaba completamente conquistada. El día anterior había comido con ellos en Madrid; la habían llevado a lugares que nunca había visto, y mientras Eduardo conversaba con Gustavo y su futura esposa, Andrea le había confiado a Alexi algunas de sus inquietudes. Aquello le confirmó que la muchacha no tenía reparo alguno en entregarse a su confianza y a su cariño. Podía parecer increíble, pero Alexi la quería. No como a una hija, sino como a una amiga entrañable, de esas que se ganan la ternura sin proponérselo.
—Nos quedaremos las dos —susurró Alexi, tomando la mano de Andrea y apretándosela con afecto—. No creas que mi tía va a tener un despertar pacífico. Es… pintoresca. Lo verás por ti misma y te dará pena, mucha pena, comprobar que aún existen seres así.
A las dos de la tarde, cuando Eduardo ya se encontraba con ellas, la tía Elisa abrió de repente los ojos y los recorrió uno a uno. Al principio no pareció reconocerlos. Intentó incorporarse en la cama, clavando sus ojos ávidos en Alexi, pero no pudo hacerlo, quizá a causa de los puntos que atravesaban su vientre.
—Alejandra… —gruñó, antes de dejarse caer hacia atrás—. ¿Qué haces aquí?
Alexi se inclinó hacia ella. Ya no le importó que la llamara Alejandra; nunca había conseguido que pronunciara su nombre verdadero. Sonrió con tristeza e intentó ponerle la mano en la frente, pero la enferma se apartó bruscamente.
—Quita, quita —gritó—. No necesito arrumacos. ¿Dónde estoy?
—En un sanatorio, tía Elisa. Te han operado…
A punto de morir, todavía tuvo fuerzas para gritar, descompuesta:
—¿En un sanatorio? ¿Y quién te mandó traerme aquí? ¿Quién va a pagar esta operación? Yo no. ¿Me oyes? Yo no pedí nada de esto.
Eduardo dio un paso al frente. Andrea apretó la mano de Alexi, como si quisiera darle ánimo. Ella no lo necesitaba. Sabía que aquella reacción llegaría y no se sorprendió en absoluto.

La tía Elisa continuó desvariando durante largo rato, hasta que el médico apareció y le administró un calmante. Eduardo y Andrea miraron a Alexi con asombro; Andrea más que su padre, que ya conocía algo del carácter de aquella mujer.
Alexi sonrió con serenidad.
—Ella es así. Siempre lo fue.
—Habla como una mendiga —murmuró Eduardo—, y tiene un solar en Madrid que vale una fortuna.
—Y mucho más que eso —respondió Alexi—. Nos asombraremos cuando muera y se descubra su fortuna. Vivió en la miseria por elección. Era feliz guardando su dinero.
La avara no volvió a recobrar el conocimiento. Falleció dos días después, entre estertores y sacudidas. La enterraron sin ruido ni pompa. Los hijos de Eduardo supusieron que aquella pérdida debía de ser dolorosa para Alexi, y los tres se volcaron en atenciones y ternuras hacia ella. La verdad era que Alexi no sentía más pena que la que habría sentido por cualquier otro ser humano digno de compasión. Eduardo lo sabía.
Tres días después se supo que la tía Elisa había muerto sin testamento. Alexi lo había supuesto: incluso un testamento costaba dinero, y gastar no entraba en los principios de su tía.
Durante varios días se ocuparon de la herencia. Era cuantiosa, tal como Alexi imaginaba. Además del solar, había acciones, dinero en metálico y dos casas en las mejores zonas de Madrid.
—No te molestes demasiado —le dijo Alexi a Eduardo—. El fisco se llevará la mayor parte. A mí no me interesa nada. Si quieres, quédate solo con el solar. El resto, por mí, podría ir a una entidad benéfica.
—Eso pensaba proponerte —respondió él—. Nos quedaremos con el solar y pondremos el dinero a nombre de nuestros hijos… si es que los tenemos algún día.
Alexi supo que sí. Que los tendrían pronto. Pero no lo dijo.
Estaban solos en su alcoba. Eduardo yacía recostado en un diván, con una mano bajo la nuca y la otra recorriendo el cuerpo de Alexi. Ella, arrodillada en el suelo, se inclinaba hacia él. Eduardo fumaba, y sin dejar de hablar, Alexi le quitaba el cigarrillo de los labios para

besarlo, antes de devolvérselo. Era un juego íntimo, delicioso. Él reía con esa risa baja y fascinante que solo reservaba para ella.
Se olvidaron de la tía Elisa y de su dinero. No les interesaba en absoluto. Ninguno de los dos era ambicioso. Se habrían conformado con mucho menos. A veces, Eduardo confesaba:
—Si mis hijos estudiaran arquitectura, sería un hombre feliz. Los asociaría conmigo y su camino sería más fácil.
Aquella noche volvió a decirlo. Alexi se tendió a su lado y lo miró profundamente a los ojos.
—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó en voz baja, sobre sus labios.
—Los has conquistado —respondió él—. Augus y Eloy te estiman… te admiran —rió, atrapándola contra sí— como yo. Todo el que te ve tiene que admirarte.
—Lo crees porque me amas.
—No. Porque es verdad. Porque hay en ti algo irresistible. Porque llenas la vida de quienes te rodean. Porque esta casa es distinta desde que tú estás en ella…
Ya estaban otra vez envueltos el uno en el otro. Se olvidaron de los chicos, de los estudios, de la herencia. Eran egoístas cuando estaban solos. Siempre que podían, buscaban aquellos instantes robados, esa soledad compartida que vivían con una intensidad casi salvaje.
Alexi rodeó el cuello de Eduardo con los brazos. Sintió sus labios demorarse en su garganta. Cerró los ojos. Era tan suya… y él era tan suyo.

Andrea estaba junto a Alexi. Acababa de llegar del colegio y ya no regresaba con sus hermanos; tomaba el primer autobús para correr a casa y reunirse con ella. Ruborizada, le dijo:
—Es que estás sola. Papá nunca regresa hasta las dos y media. Por eso no espero a mis hermanos.
Alexi sabía que no era solo su soledad la que atraía a Andrea; era también su deseo de una compañía femenina comprensiva, que hasta entonces nunca había tenido. Poco a poco, Andrea le iba abriendo su corazón.

Aquel día, Alexi le preguntó con suave ironía:
—¿No hay moros en la costa?
—¿Moros?
—O amores, como quieras llamarlos. Ya tienes dieciocho años…
Andrea se ruborizó. Era muy linda, se parecía a su padre: delgada, esbelta, morena, con unos ojos enormes que parecían embrujar. Alexi no podía concebir que los chicos no se fijaran en ella.
—Vamos, vamos, Andrea, cuéntame…
—Pues… —su voz se quebró—. Yo…
—Sí, tú, dime… ¿qué?
—Hay un chico…
—Claro, ya lo suponía. ¿Quién es? ¿Lo conocemos?
—No. Estudia último de ingeniería industrial. Pero no es un chico como Eloy o Augus.
—Es lógico, casi nunca los chicos se parecen.
—No me refiero a eso.
—¿No? Dime, ¿de qué se trata?
—Pues… —apretó una mano contra la otra, mostrando su nerviosismo—. Es… un cínico.
—¡Oh!
—Anda por ahí con todas. A mí me dice algo alguna vez. Pero… solo para tentarme.
—No te conviene. Olvídalo.
—Es que… —le miró con sus grandes e inocentes ojos—. A… a mí me gusta.
Alexi sonrió, comprensiva.
—Recuerdo —dijo— que cuando tenía tu edad, creí enamorarme del profesor de Matemáticas. Era un hombre alto, rubio, imponente. Yo soñaba con él. Muchas veces me quedaba con la cuchara en alto mientras comíamos, y mi padre me despertaba. Pero un día, el profesor cesó en su clase. Dijeron que se iba a Barcelona. Yo lloré. ¿Figúrate si sería tonta? ¿Qué ocurrió después? A los quince días ya no recordaba ni el color de sus ojos. Eso pasa. Hay que ahondar mucho en los sentimientos, querida Andrea. Hay que conocer a un hombre, tratarlo, comprenderlo. Esos amores platónicos, que solo

existen en la mente de los novelistas, son espejismos que pasan sin dejar huella.
Andrea la miró con gratitud. Alexi inclinó la cabeza y la besó en la frente.
—Alexi —susurró la chica.
—Chiquita, olvida a ese chico.
—¿Crees que será como dices? ¿Qué no estaré enamorada de él?
—Estoy segura.
—¡Oh, me siento más feliz!, ¿sabes?
Era una ingenua deliciosa.

Al atardecer de ese mismo día, mientras Alexi estaba sola en la salita, Eloy entró.
—Caramba —rió Alexi—. ¡Qué milagro! ¿Y tus hermanos?
Él se acercó y le besó la frente, como siempre. Luego se sentó frente a ella.
—Si me dejaras fumar un cigarrillo —gruñó.
Parecía nervioso. Algo le había ocurrido. Eran las siete y diez de la tarde; Alexi casi siempre iba a buscar a Eduardo a la oficina, pero aquel día no se encontraba bien. Estaba embarazada, ya era seguro. Se lo contaría a Eduardo esa noche, y al día siguiente irían juntos al médico.
El hecho de que Eloy estuviera allí, cuando habitualmente regresaba más tarde, la intrigaba.
—¿Me dejas, Alexi?
—No —respondió con firmeza—. Tu padre no me lo permitiría.
—Solo uno, mujer.
Alexi se rió. Eloy era el que mejor sabía conquistarla, aunque Augus lo hacía con silencios y Andrea con confesiones ingenuas. Aquél, que parecía el más astuto, le parecía aquella noche el más inocente.
—Esta tarde te ha plantado la novia —dijo Alexi al azar.
—¿Cómo lo sabes?
—Intuición femenina.
—Hum.
—¿Qué te ha pasado?

Eloy se puso de pie.
—Nada. Nada —repitió—. Esas mujeres… ¿Quieres creer que prefiere a un mecánico?
Alexi notó que estaba profundamente contrariado, casi dolido.
—De modo que… se casa con un mecánico —aventuró—.
—Eso es. Me lo ha dicho hoy —gritó, furioso—. ¿Qué te parece a ti? Yo, todo un futuro embajador…
—Tú no serás nunca embajador —respondió ella con cautela.
Él la miró y se echó a reír de pronto.
—¿No?
—Serás como tu padre: aparejador.
—Demonio, eso sí que no.
—Pues ten presente que, si no lo eres, las chicas tardarán en fijarse en ti.
—¿Qué dices?
—Ven, creo que te voy a dar permiso para fumar el cigarrillo.
—Oh, Alexi, eres un ángel.
Ella le dio uno de los suyos. Encendieron ambos y fumaron en silencio un rato. Alexi tomó la palabra primero.
—Si estudias abogacía, tardarás mucho en oposiciones a diplomático. Pasarán los años y terminarás aburriéndote. Abrirás un bufete y tardarás en llamar la atención. No porque seas tú, sino porque en cada esquina hay un abogado holgazán. En cambio, si estudias aparejador o arquitecto, y ayudas a tu padre en sus oficinas mientras estudias, el negocio prosperará. Podrás casarte joven, y las chicas, que son prácticas, prefieren un hombre con futuro seguro que con el pan en el aire. Además, dada la época, debe ser así. Es la forma de que el amor prevalezca.
Eloy la escuchaba atentamente y sonrió.
—¿Te lo dijo papá?
—Sí. Y yo lo comprendo así.
—Hum.
—Dime… ¿qué te pasó con la chica?
—Eso —titubeó—. Es la hija de un portero. Muy bella. Hoy me dijo que no volviera, que tenía un pretendiente mecánico de veintitantos años.

—¿Lo ves? El mecánico le ofrece un futuro seguro, acorde a lo que ella necesita.
—¿Y eso es amor?
—No estás enamorado todavía, Eloy. Ni ella de ti. No es amor todavía. Pero así se empieza a amar. Hazme caso. Piensa en lo que te he dicho.
No respondió. Nada dijo, pero Alexi notó que cuando la miraba, lo hacía con mayor ternura. Había ganado otro corazón por completo, y estaba segura de que pronto volvería a cruzarse con ella en la escuela de arquitectos o aparejadores.

Alexi se lo dijo a Eduardo aquella misma noche. No habló del hijo de él; no quiso despertar ilusiones que quizá no llegarían a cumplirse. Habló de lo suyo, de lo que compartían, porque lo que esperaba era un hijo de ambos.
La alegría de Eduardo fue inmediata. Sus ojos se llenaron de una luz nueva, casi infantil. La besó con una intensidad que parecía definitiva, como si en cada gesto quisiera sellar aquella certeza.
Se perdieron el uno en los brazos del otro, refugiados en la intimidad de la alcoba. El goce fue profundo, sereno y pleno. A la mañana siguiente, cuando coincidieron en el comedor —Alexi solía levantarse antes—, él la miró largamente y ella se ruborizó como una muchacha. Ambos evocaban lo ocurrido, y ambos sentían esa misma corriente ardiente recorriéndoles por dentro.
Esa noche, Eduardo parecía desbordado de felicidad. La estrechaba contra su pecho, se separaba solo para mirarla, y volvía a hundirse en su cuerpo como si necesitara comprobar una y otra vez que aquello era real.
—¿Un hijo, dices? ¿Otro? —preguntó, sonriendo—. Porque sé que los chicos son para ti como hijos mayores.
—Lo son —admitió ella.
—Y ahora, uno tuyo y mío.
—Déjame respirar, loco —murmuró Alexi.
Eduardo la sostuvo por los hombros, la miró con una mezcla de asombro y devoción.

—Alexi… me parece imposible que yo sea dueño de ti. Que pueda estar aquí, tenerte a mi lado, sentirte palpitar… Dime, vida mía, amor mío, ¿eres feliz?
—¿Y me lo preguntas tú? —respondió ella—. ¿No lo sabes?
Lo sabían ambos. La felicidad era tan intensa que resultaba casi abrumadora.
—A veces —confesó él— siento temor.
—¿Temor?
Eduardo jugó con sus labios. Alexi, sofocada, se apretó contra él sin poder evitarlo. Para ella, Eduardo tenía algo magnético. Cuando él llegaba a casa y ella estaba con los chicos en el saloncito, deseaba con ansia quedarse a solas con él, sentirlo cerca, besarlo, confirmarse una vez más que se pertenecían.
—Temor a que todo esto sea un sueño y que un día despierte.
—No es un sueño —susurró ella—. Es real, Eduardo. ¿No lo sientes?
Él lo sentía igual que ella. Guardaron silencio un instante y luego sus bocas volvieron a encontrarse. Eduardo murmuró sobre la suya, con una sonrisa cargada de certeza:
—Es real… una realidad maravillosa.

Se confirmó la próxima llegada del hijo que esperaban, y decidieron que sería Alexi quien se lo comunicara a los chicos.
Aquella tarde estaba sola en casa. Eran las seis y media y tenía la sensación —casi la certeza— de que sería Augus quien llegaría primero. Desde la comida lo había notado inquieto. En más de una ocasión sorprendió su mirada clavada en ella, cargada de una tristeza profunda, como si algo lo estuviera desgarrando por dentro y necesitara compartirlo con alguien.
Una doncella se acercó para avisarle de que tenía una llamada telefónica.
—Pásame la comunicación aquí —ordenó Alexi.
Pensó que quizá fuera Eduardo, aunque no era habitual que la llamara a esa hora. Desde la marcha de Gustavo, él llevaba demasiado peso sobre los hombros. El personal de la oficina no estaba a la altura y Eduardo debía supervisarlo todo. Tampoco había

contado aún que los asuntos relacionados con la herencia de su tía Elisa estaban resueltos. El fisco se había llevado casi todo. A veces pensaba en aquella mujer, viviendo en la miseria para acabar dejando su fortuna en manos del Estado. Incluso conservar el solar había supuesto para Eduardo un desembolso considerable, aunque finalmente lo había logrado. Planeaba construir allí un grupo de viviendas económicas.

—¿Diga? —respondió Alexi.

—Alexi…

Casi dio un respingo.

—Marisa… —susurró—. Marisa…

—No esperabas oírme hoy, ¿verdad?

—No… —admitió, desorientada—. No, la verdad es que no.

—Ya sé que eres muy feliz.

—Sí… mucho. ¿Y tú?

—Por eso te llamo. Para despedirme. Me voy a Alemania.

—¿Sola? —preguntó sin poder evitarlo.

—Sola. Me he cansado de esta vida. He solicitado un contrato de trabajo a través de unos familiares que viven allí y me lo han concedido. Te llamo desde el aeropuerto. Salgo en diez minutos.

A Alexi le dolió. No tanto la marcha, sino la forma precipitada de despedirse. Le habría gustado acompañarla, abrazarla, decirle adiós en persona. Siempre había visto en Marisa a una mujer inteligente, herida por la vida, más digna de compasión que de juicio.

—Deberías habérmelo dicho antes —la reprendió con suavidad—. Habría ido a despedirte.

La imaginó sola, envuelta en esa tristeza silenciosa que parecía acompañarla siempre. Sintió una pena honda.

—Adiós, Alexi. Sé que eres feliz. Y te lo mereces.

—No digas eso. Tú también mereces mucho más de lo que tienes.

—Tengo lo que he buscado. La vida es así. No podemos luchar contra ella ni contra el destino. Mírate a ti: si no hubiera muerto tu padre, si tu tía no te hubiera ido a buscar… quizá nunca habrías conocido a Eduardo Maresta. Quién sabe qué me espera a mí todavía. Pero algo sí sé: a partir de ahora no me avergonzaré de mí misma. Voy a trabajar. Y voy blindada contra el amor.

Hablaron unos minutos más, palabras que luego Alexi no supo recordar. Marisa colgó. Ella se quedó con una sensación de vacío, preguntándose si tenía derecho a ser tan feliz cuando en el mundo existían personas tan solas.
Estaba inmersa en esos pensamientos cuando vio entrar a Andrea. Se sorprendió; había esperado a Augus.
—¿Sigues sola? —preguntó la muchacha, besándola dos veces en la mejilla.
—No ha venido nadie.
—Creí que Augus estaría ya en casa.
—¿Por qué?
Andrea dudó.
—No sé si debería decírtelo… Augus está muy disgustado. Hoy una chica de Química le armó un escándalo en el patio del instituto. Luego intervino otra, María… Fue un lío. Seguro que tiene miedo de que papá y tú os enteréis.
Alexi no se sorprendió. Lo había intuido.
—Ve —dijo con rapidez— y pregunta a Irene si ha visto llegar a Augus. Quizá esté en casa y no me haya dado cuenta.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó Andrea, alarmada—. No se lo dirás a papá, ¿verdad?
—Todavía no sé qué ha pasado —respondió con firmeza—. Tendrá que explicármelo Augus. Y si considero que tu padre debe saberlo, se lo diré.
—Pero…
—Hay cosas —la interrumpió con energía— que vuestro padre no puede ignorar. Augus es un crío, y andar liado con dos chicas es indecente y peligroso.
—¡Dios mío! —murmuró Andrea—. ¿Para qué te dije nada?
Alexi la sujetó del brazo y la miró fijamente a los ojos.
—Andrea…
—No me mires así. Me siento culpable.
—Has hecho lo correcto. No puedo ser vuestra alcahueta. Ni lo querríais después. Quiero ser vuestra amiga… o vuestra madre, si lo aceptáis. Tenéis confianza en mí y debo responder a ella, no

ocultando errores, sino corrigiéndolos. Ahora ve y mira si Augus está arriba.
—Sí… sí, Alexi —susurró Andrea, impresionada—. Eres como una madre. Te enfadas igual que se habría enfadado ella.
—Eso es lo que quiero ser —afirmó Alexi—. Una madre. Puede que joven, pero con experiencia. Vosotros aún sois muy niños.
Poco después Andrea regresó para decirle que Augus llevaba más de una hora en su cuarto.
Alexi no lo dudó.
—Quédate aquí, Andrea.
Y se dirigió, decidida, hacia la habitación de los chicos.

XI

No llamó a la puerta. La habitación estaba entreabierta y Alexi la empujó despacio. Vio los pies de Augus colgando de la cama. Entró con naturalidad, y él se incorporó lentamente, observándola con una tristeza que intentaba ocultar sin lograrlo.

—Alexi… —susurró.

Ella se sentó en el borde del lecho y tomó una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué lío fue ese? —preguntó con un toque de frivolidad—. No sabía que a tus años andarías metido entre faldas.

—¿Se… se lo vas a decir a papá? —preguntó, angustiado.

—No sé aún de qué se trata —contestó Alexi con firmeza—. Si considero que debo decírselo, se lo diré. Pero primero necesito que me hables con absoluta franqueza.

Augus suspiró, enrojeciendo.

—Alexi… —susurró tímidamente—. Me pides algo… sé que tengo pocos años, pero…

—¿Por qué dos? —interrumpió ella, como si lo supiera todo—. Una aún puede disculparse, entender… pero dos…

—No las amo.

—Entonces… —Alexi le sostuvo los hombros y acercó su cabeza al hombro del joven, acariciándole el cabello con ternura. Él la miró largo rato.

—Alexi —dijo bajísimo—. No creo que ninguna madre me hubiera inspirado esta confianza. No sé qué nos pasó a todos contigo. Quizá fue verte aquella noche, cuando estábamos tan solos los tres. No puedes imaginar lo solos que nos sentíamos. Al verte llegar… —se levantó del lecho de repente—. Mira, escribí lo que sentía. Quise destruirlo, pero no pude. ¿Quieres…? —titubeó—. ¿Quieres leerlo?

—Dame —pidió Alexi, con ternura, sintiendo que lo amaba como si fuera su propio hijo—. Te prometo que te ayudaré a resolver tu problema, si es que existe.

—Ya no existe —respondió—. Ya no volverá a existir. Al menos… —enrojeció— de esa índole.

Alexi leyó las cuartillas sin parpadear. Ignoró que Eloy lo llamara "tía", solo esbozó una leve sonrisa. También pasó por alto que los chicos habían leído cartas que quizá no deberían haber compartido; aun así, lo habían hecho. Eran jóvenes extraordinarios. Lo que realmente la asustó fue descubrir la doble vida íntima de Augus, escandalosa, peligrosa, moralmente ambigua. A sus diecisiete años, algo así podía transformarse en tragedia.

Le devolvió las hojas.

—Alexi —susurró con lágrimas en los ojos—. Perdóname. Te prometo… no se lo digas a papá. No querría disgustarlo por nada del mundo.

—Te lo prometo —respondió Alexi—, pero también tendrás que hacerme una promesa a mí.

—La que quieras… Nunca pensé… que llegaría a necesitarte tanto.

Alexi le acarició el cabello. Los quería a todos, porque eran hijos de Eduardo, y para ella, su esposo era toda su vida.

—Yo también necesito vuestra confianza —dijo—. Cuéntame qué pasó hoy en el Instituto.

—La chica de Química vino a buscarme. Yo le dije que no iría; me repugnaba. María es distinta, parecida a ella, pero más pura en su miseria moral. Allí se descubrió todo. El profesor juró que me suspendería. Me sentí muy avergonzado. Fue horrible verlas pelearse.

—Hay que hacer que tu padre no se entere. Iremos a ver al profesor, y tú me acompañarás. Ellas no están en tu clase, así que será fácil enfrentar la situación.

Al día siguiente lo hicieron. Eduardo nunca supo nada del incidente. El profesor escuchó a ambos y terminó por ceder: olvidaría el asunto, pero dejó claro que cualquier repetición sería motivo de expulsión inmediata.

Más tranquilos, regresaron por la oficina de Eduardo.

—Lo maravilloso sería —dijo Alexi con entusiasmo— que tú y Eloy estudiaran para arquitectos o aparejadores. Eso es lo que necesita vuestro padre.

—¿Tú crees? —preguntó Augus, pensativo.

—Salta a la vista. Los años pasan volando. Algún día, tu padre tendrá que retirarse, y si llega ese momento sin previsión, dejará el negocio en manos de otros.
—Eso es verdad.
—Debes pensarlo —insistió Alexi.
—¿Y Eloy?
—Ya le hablé del tema —dijo ella con naturalidad—. También lo está considerando.

XII

Nació su hijo. Era un chico robusto, que se parecía a su padre, aunque sus ojos pardos, claros, reflejaban a Alexi. Los chicos estaban locos con él; Andrea no se apartaba de su lado mientras permanecía en casa. Eloy lo acunaba y Augus, con esa bondad innata que lo caracterizaba desde que decidió ser un joven formal, comentaba:

—Este sí que será arquitecto.

Alexi sonrió. No quería presionarlos. Sabía que tenía un ascendiente absoluto sobre ellos, y que se lo contaban todo. Eloy había tenido dos novias desde que Marta lo dejó; aquel día, al enterarse de que ella se había casado con el mecánico, la llamó tonta.

Alexi se rió. Siempre le gustaba reírse de las cosas de Eloy. Era tan impetuoso…

Ella y Eduardo hablaban muchas veces de estos asuntos, perdidos en su refugio. A veces, a Alexi le ruborizaba pensar que los chicos supieran cuánto gozaban juntos. Se lo decía a Eduardo, y él se reía, con aquella risa poderosa que penetraba en ella como una llama. Luego la tomaba en brazos, la perdía contra su pecho y le decía al oído:

—Nadie sabe cómo eres más que yo. Cuando te veo rodeada de mis hijos, todos pendientes de ti, pienso en nuestra intimidad, en tu fogosidad, tan distinta de la ternura que despliegas con ellos. Allí eres honda, pero pasiva. Aquí eres distinta.

—Allí soy madre. Aquí soy mujer. Tu mujer. Y si no te gusta que sea así…

Intentaba huir de sus brazos, pero él la buscaba, la perdía de nuevo entre ellos.

—Es tu encanto más fascinador —susurraba—. Y tú lo sabes.

Alexi no sabía si realmente lo sabía, pero sí sentía que a su lado no necesitaba esforzarse. Era así porque lo sentía, y disfrutaba de su presencia con un goce hondo e indescriptible.

Una noche le dijo:

—Me parece que tus hijos van a estudiar lo que tú deseas. Eloy, aparejador. Augus, arquitecto.
—No me digas cosas que me ilusionen, para que luego ellos me den un baño de agua fría.
—No les preguntes —insistió Alexi—. Una vez terminado el selectivo, ellos te lo diran. Veo a Augus siempre con libros de arquitectura. Él y Eloy discuten sobre planos, sobre números… Incluso el otro día sorprendí a Eloy haciendo planes con su hermano, hablando de cómo construiría una casa si se lo permitieran. Va a ser un aparejador revolucionario.
—Y eso también te lo debo a ti.
Alexi sonrió.
—¿Qué más te debo?
No debía haberlo dicho. Despertó en él aquel apasionamiento loco. Ella no le confesó aún que esperaba otro hijo; la vergüenza se lo impedía. Se perdieron en el diván durante horas indeterminadas. Cuando Eduardo cubrió su cuerpo con la bata, se reía con esa risa profunda y divertida. Alexi se enfadó, pero fue inútil: él la ató con la bata y la llevó hasta la ventana.
—Mira —dijo— qué bello amanecer.
Era domingo. No tenía que ir a la oficina, y en esas mañanas Eduardo nunca tenía prisa. Pero Alexi sí: quería estar abajo, en el comedor, cuando los chicos aparecieran. Los sábados él la retenía, y en los amaneceres de domingo debía luchar para escapar de sus brazos. De sus maravillosos brazos que eran toda su vida.

EPÍLOGO

Se lo dijo a Eduardo aquella misma noche. No habló del hijo de él; no quería despertar ilusiones que tal vez no llegarían a cumplirse. Habló de lo suyo, de lo de ambos. De la vida que esperaban juntos, porque lo que venía en camino era un hijo de los dos.

La reacción de Eduardo fue pura felicidad. La alegría le iluminó el rostro, los ojos se le llenaron de una ilusión casi infantil. La besó con fervor, con besos hondos, ardientes, definitivos, como si quisiera sellar aquel instante para siempre.

Se perdieron el uno en el otro, envueltos en la intimidad de su alcoba, donde el goce parecía desbordarlo todo. Al día siguiente, cuando coincidieron en el comedor —ella siempre se levantaba antes —, él la miró largo rato, con una intensidad que la hizo ruborizarse como una muchacha. Ambos evocaban la noche anterior, y ambos sentían aún aquel fuego persistente en el interior.

Esa noche, Eduardo parecía rozar la locura de felicidad. La estrechaba entre sus brazos, se apartaba apenas para mirarla, y volvía a hundirse en ella como si no pudiera creer que todo aquello fuera real.

—¿Un hijo, dices? ¿Otro? —preguntó, con una sonrisa cargada de emoción—. Porque sé que los chicos son para ti como hijos mayores.

—Lo son.

—Y ahora… uno tuyo y mío.

—Déjame respirar, loco.

Eduardo la miró con una mezcla de asombro y devoción.

—Alexi… me parece imposible que seas mía. Que pueda tenerte aquí, sentirte palpitar junto a mí. Dime, vida mía, ¿eres feliz?

—¿Y todavía lo preguntas? ¿No lo sabes?

Lo sabían los dos. La felicidad se les había instalado dentro como algo extraordinario, casi irreal.

—A veces siento miedo —confesó él.

—¿Miedo?

Jugaba con sus labios mientras hablaba. Ella, sofocada, se apretó contra su cuerpo. No podía evitarlo. Eduardo tenía para ella una fuerza magnética. Cuando él llegaba a casa y ella estaba con los chicos, sentada en el saloncito, deseaba con una intensidad casi urgente quedarse a solas con él, sentirlo cerca, besarlo, asegurarse una vez más de que se pertenecían.
—Miedo de que todo esto sea un sueño —susurró—, y que un día despierte.
—No es un sueño —respondió ella con firmeza—. Es real. ¿No lo sientes?
Lo sentía. Como ella. Guardaron silencio, y luego sus bocas volvieron a encontrarse. Eduardo murmuró contra sus labios, saboreándolos con deleite:
—Es una realidad… una maravillosa realidad.
Andrea llegó un día con un joven que de inmediato inspiró confianza. No lo conocían en persona, pero sí de oídas. Andrea llevaba más de seis meses hablando de él. Bastó verlo para comprender que era un hombre serio, y que pronto Andrea dejaría de pertenecer solo a la casa familiar.
Sabían que era médico, que había abierto consulta aquel verano. Un joven con un futuro prometedor, hijo de padres modestamente acomodados, que había estudiado con tesón, sin depender apenas de ellos. Aquello agradó tanto a Eduardo como a Alexi: era una prueba clara de su valía. Andrea merecía ser feliz; era, sencillamente, encantadora.
La presentación fue directa y solemne:
—Es mi madre, Ignacio. Y este, mamá… —Andrea se detuvo un segundo, emocionada— es Ignacio Laguna, mi prometido.
Se casaron a finales de aquel invierno. Eduardo les regaló el piso; Alexi, todos los muebles. Ignacio se resistió. Protestó, incluso se enfadó, pero al final no tuvo más remedio que aceptar.
La casa quedó extrañamente vacía. La ausencia de Andrea se hizo notar en todos los rincones. Incluso los chicos parecían menos bulliciosos.
Ese verano, Eloy y Augus terminaron el selectivo. Un día entraron en el saloncito donde estaban Eduardo y Alexi. El pequeño ya

caminaba, todavía inseguro, pero caminaba. La vida era hermosa. Eduardo y Alexi seguían amándose con la misma pasión de siempre, como si el tiempo no hubiera pasado. El hijo varón se llamaba Eduardo; la niña, nacida a principios de aquel invierno, Alejandra, a quien todos llamaban Alexi.
Los muchachos hablaron casi al mismo tiempo:
—Queremos estudiar arquitectura.
—Yo, aparejador —dijo Eloy.
—Yo, arquitecto —añadió Augus.
Eduardo se levantó y los abrazó con orgullo. Alexi se unió a ellos, llorando sin poder evitarlo. Los miró largamente, y ellos, con ternura, le dijeron:
—Toda esta felicidad te la debemos a ti, mamá.
La emoción fue tan profunda que su llanto se volvió incontenible. Los tres la rodearon, intentando consolarla. Incluso el pequeño Eduardito se acercó, balbuceando:
—Mami… ¿qué tenes?
Alexi se sentía inmensamente feliz. Dio gracias al cielo por aquella dicha tan plena.
Esa noche, Eduardo y ella se amaron con una intensidad renovada, como dos muchachos. Fue una de las noches más completas de su vida. Sus besos sabían a fuego y a miel. Ambos se preguntaron, entre caricias, si realmente tenían derecho a tanta felicidad: la suya, y la del hogar que habían construido.

Habían pasado muchos años, y sin embargo Eduardo seguía siendo jovial y fogoso. El cabello, casi gris; algunas arrugas alrededor de los ojos. Él aseguraba que Alexi se mantenía eternamente joven. Tal vez fuera cierto. Al menos su espíritu seguía intacto: alegre, apasionado y sincero.
Andrea tenía ahora dos gemelos preciosos. Era feliz, y no hacía falta que lo dijera. Se notaba en su rostro. Su marido ganaba prestigio día a día: consulta por las mañanas, operaciones en un hospital de renombre por las tardes.

Eloy terminó la carrera con brillantez. Antes incluso de empezar a trabajar con su padre, Eduardo les regaló a él y a Augus un viaje al extranjero. Augus tenía una novia formal; Eloy, no. Alexi sabía —aunque nunca se lo dijo a Eduardo— que su hijo salía a veces con Marta, una viuda de vida alegre.
Antes del viaje, Alexi llamó a Eloy a su salita.
—Ya sé lo que vas a decir, mamá —refunfuñó.
—Entonces hazme el favor de terminar con eso.
—No la amo —respondió con franqueza—. Es solo un desquite. Cuando vuelva, buscaré una mujer formal y me casaré.
Alexi sabía que Eloy cumplía sus promesas.
Cuando se marcharon, la casa quedó con los tres hijos pequeños: Alexi, Eduardito y César, el menor, llamado así en honor al abuelo fallecido.
Eduardo rodeó a Alexi con un brazo.
—Se han ido, pero seguimos siendo cinco.
Desde la salita, miraban a los niños jugar en el jardín. César, el más pequeño, ya mandaba como Eloy. Eduardito tenía la mirada cálida de Augus. Alexi era idéntica a su madre.
La ilusión entre Eduardo y Alexi seguía intacta. Jamás discutían. Cuando uno callaba, el otro comprendía. Más tarde hablaban, y siempre acababan dándose la razón mutuamente.
—Alexi…
Ella se volvió en sus brazos.
—No hace falta decir nada —susurró.
Irene, ya muy mayor, seguía dirigiendo la casa. Llamó a los niños para comer.
—Que no coman solos —dijo Eduardo—. Que ocupen el lugar de los mayores.
Otra vez los cinco alrededor de la mesa. El hogar tranquilo. Las sonrisas de sus hijos.

Más tarde, a solas, mientras Eduardo la ayudaba a desvestirse y murmuró:
—Parece que los años no pasan para nosotros.

Pasaban. Pero no los sentían.
Alexi cerró el cuaderno. Eduardo estaba junto a ella, leyendo por encima de su hombro. La besó suavemente.
—Quédate quieto —susurró ella, sonriendo.
Eduardo nunca supo estar quieto junto a ella.